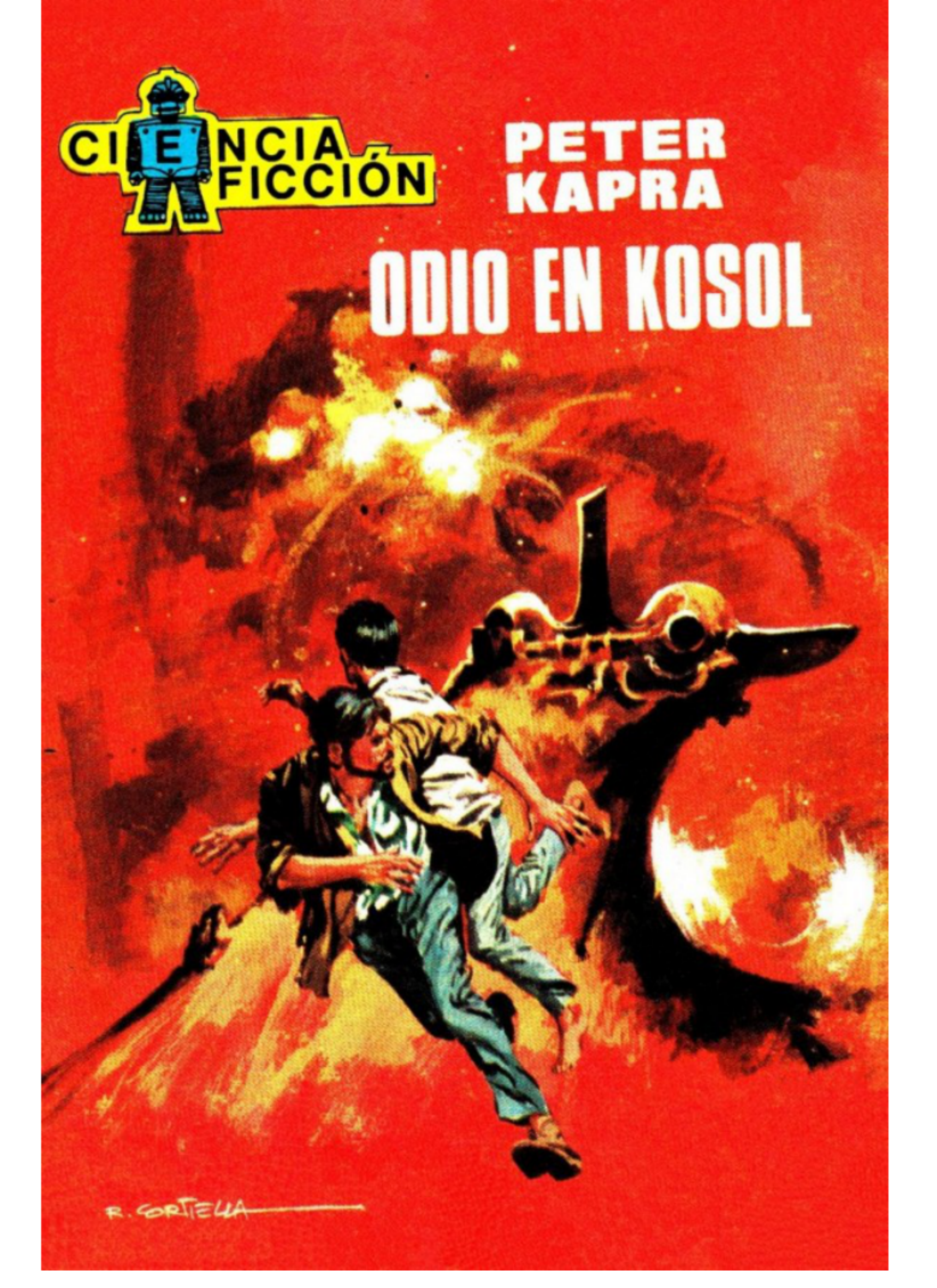

CIENCIA FICCIÓN
PETER KAPRA
ODIO EN KOSOL
R. CORTIELLA

PETER KAPRA

ODIO EN KOSOL

E d i c i o n e s T O R A Y

Arnaldo de Oms, 51-53 — BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151 — BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 40.536 – 1969

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

La cosmonave terrestre «Sparta-C-5001» llevaba seiscientos años navegando por el espacio. Salió del espaciodromo de Aedos (División Ocho) con noventa tripulantes a bordo, de los cuales sólo continuaban con vida únicamente dos, gracias a los largos períodos de hibernación.

Uno de ellos era el comandante de la nave, el capitán Tomas Dickery, único responsable de la prolongada singladura sideral. El segundo era la doctora Flavia Konstant, la única persona a bordo que podía haber prolongado la vida de ambos.

Se había hibernado a más personas, pero una serie de dificultades técnicas impidió reavivarles y la nave fue dejando cuerpos sin vida a lo largo de su recorrido.

El capitán Dickery quiso darles a todos sepultura cristiana y por ello realizó diferentes descensos sobre mundos deshabitados, donde sus herramientas automáticas excavaron el suelo, para depositar bajo los restos de los que habían sido compañeros de la empresa jamás igualada por el hombre.

Miles y miles de años luz habían quedado atrás. Millones de mundos muertos, desiertos o en formación geológica, habían desfilado ante las cámaras automáticas de la «Sparta-C-5001», mientras sus tripulantes yacían en la más aparente de las muertes, dentro de sus cámaras de hibernación.

Llegado el momento de recuperarse, la doctora Flavia Konstant era la primera. Se tendía siempre junto a una máquina electrónica, cuyos controles entraban en funcionamiento en el momento previamente señalado en sus circuitos. Flujos de electricidad impulsaban primero los músculos, revificándolos, al mismo tiempo que la temperatura aumentaba y la sangre se licuaba en las venas.

Era un proceso automático y biológico, sabiamente estudiado y

realizado, que se había repetido ya seis veces durante la prolongada travesía.

La séptima vez ocurrió como las anteriores…

El cronómetro electrónico marcó su hora final. Ya no podía continuar funcionando. Y, al detenerse, después de cien años de incansable movimiento electrónico, alimentado por baterías regeneradoras, puso en funcionamiento el reavivador biológico.

La temperatura, situada dentro de la cámara hibernadora, de doscientos doce grados centígrados, empezó a aumentar lentamente, obedeciendo leyes establecidas siglos atrás por científicos que habían estudiado detenidamente el proceso.

Al mismo tiempo, los reactivadores cardiovasculares empezaron a pulsar, primero lentamente y luego con mayor fuerza. La sangre se descongeló y estuvo unos minutos por encima de su temperatura normal. En el momento mismo en que se inició la circulación sanguínea, una curiosa válvula encefalométrica produjo la regeneración cerebral.

A partir de aquel momento, la doctora Flavia Konstant retornó a la vida, aunque permaneció inconsciente durante dos horas y media más, tiempo en el que su organismo se vio ayudado por controles externos, a fin de evitar cualquier fallo biológico.

Al fin, los párpados de la doctora Konstant se agitaron y los nervios crisparon sus relajadas facciones.

Hasta aquel momento, la mujer había sido una especie de cadáver dentro de una cámara aislada. Ahora, renovada la atmósfera automáticamente, Flavia se movió y abrió los ojos.

La impresión fue la misma de otras veces. Todo permanecía igual. Tuvo la sensación de haber dormido breve tiempo. Tendría que analizar mucho para especificar el tiempo que permaneció hibernada.

Agitó la mano derecha y presionó el pulsador que colocaba la cámara en vertical y tuvo la impresión de que el techo se movía, girando sobre ella.

Luego, no tuvo más que descorrer el pestillo magnético y abrir la cámara, saliendo despacio, como un resucitado. Fue entonces cuando se encendió la luz y pudo ver la serie de cámaras, exactamente iguales a la que ella había ocupado. Todas, excepto una, estaban vacías. Y todas eran distintas a la suya.

La cubierta de las cámaras era de acero transparente. Un metal plástico, de gran resistencia y tenacidad, con propiedades parecidas a

las del vidrio. Gracias a ello, Flavia vio la figura inerte del comandante de la «Sparta-C-5001», el capitán Tomas Dickery, a quien el azar había dejado como único compañero de su existencia a bordo de la cosmonave perdida en el inmenso universo.

La inquietud fue la primera sensación que experimentó Flavia. ¿Y si Tomas Dickery había fallecido como los demás tripulantes? Si sus cálculos mentales no le fallaban ¡y en aquel instante se sentía ligeramente aturdida aún, debido al prolongado reposo!, llevaban viviendo seiscientos años de aquel modo, aunque ella tenía en realidad veintiocho.

Maquinalmente, Flavia presionó la aguja termométrica de la cámara de hibernación del comandante. Temperatura, reactivación cardiovascular, descongelación, encefalometría y regeneración cerebral. Todo lo ejecutó como si fuese una autómata.

¡Tomas Dickery tenía que recuperarse! ¡Era preciso que lo hiciera! ¡Aquel hombre, al que siempre trató de modo áspero y duro, se había convertido, de pronto, en algo inestimable para ella!

Era la única persona de su raza con la que podía hablar y cambiar impresiones. Era, en cierto modo, dueño de su vida y su destino. Cuando recobrase la vida, sería él quien diera las órdenes y ella, único subordinado de la cosmonave terrestre, a miles de años luz de su mundo, tendría que obedecerle.

«—Registraremos los controles de vuelo, repasaremos referencias orbitales, fijaremos nuestra posición y nuestro rumbo y volveremos a dormir otros cien años —diría él—. Quizá sean los últimos».

Esto había dicho ya anteriormente.

¿Qué diría ahora? ¿Llegaría a decir algo?

Flavia no poda anticipar la reavivación. Hubo de consumirse en su propia espera, encerrada en aquella sala de la nave, envuelta en un silencio obsesionante, sin saber si la nave espacial continuaba su viaje secular o se encontraba detenida definitivamente. Esto no era imposible, porque, en caso de ser atraída por algún planeta, después de orbitario durante años, la «Sparta» podía descender y accionar sus controles automáticos de frenado, que eran auténticos pilotos-robots, accionados por radarscopio, hasta situarse sobre terreno firme o en el fondo de algún mar. A los hibernados pasajeros no les podía ocurrir absolutamente nada.

La doctora Flavia Konstant no podía abandonar la sala de hibernación hasta saber si era ya la única superviviente de la nave. El

cuerpo de Tomas Dickery estaba allí, pero esto no significaba que pudiera volver por sexta vez a la vida.

Flavia vivió dos horas y media de infinita angustia. Ya las había vivido anteriormente en similares circunstancias, pero ahora, su angustia era mucho mayor. Al dormirse, para un sueño de cien años, presintió que no despertaría más. Y este presentimiento persistía aún, como el que se duerme obsesionado con una idea y, al despertar, la idea sigue obsesionándole.

Sin embargo, a medida que transcurrían los minutos, viendo las insignificantes reacciones del cuerpo del capitán Dickery, que vestía un buzo de tela dorada, como ella, cerrado al cuello con una banda de metal elástico, empezó a sentirse más aliviada.

Y, al fin, suspiró al observar la primera contracción muscular del cuerpo inerte.

— Gracias a Dios —musitó Flavia.

Sintió el estómago vacío. Fue a un armario empotrado en el muro, descorrió su puerta de cristal y tomó un frasco, el cual destapó. Tomó dos de las píldoras que había en su interior y se las puso en la boca.

Cuando volvió al lado de la cámara de hibernación de Tomas Dickery, éste movía los párpados, los labios y los dedos. Unos minutos después, mientras ella verticalizaba la cámara, él abría los ojos.

Se miraron unos momentos. Él pareció no reconocerla. Incluso frunció ligeramente el ceño.

Flavia Konstant abrió la tapadera hermética y se encontraron frente a frente.

—Hola, doctora Konstant. Gracias una vez más.

—No tiene por qué dármelas, señor. Es mi deber. Salga, por favor. Haga un poco de ejercicio. He de hacerle un reconocimiento. ¿Quiere desabrocharse el buzo?

Él tiró de la pequeña anilla de cierre de la cremallera magnética, que descendía desde su hombro, por el lado izquierdo de su pecho, hasta la cintura. Su torso fuerte y velludo quedó al descubierto.

De un bolsillo lateral de su pernera, Flavia había extraído un pequeño aparato, provisto de una aguja oscilante. Aplicó el objeto a distintos lugares del pecho de su superior, observando la aguja. Lo mismo hizo sobre la morena cabeza de él, cuyos ojos oscuros y brillantes la miraban sin expresar ninguna emoción interna.

Tomas Dickery era un hombre que aparentaba tener unos treinta años, aunque tema treinta y cuatro, naturales —no podía contar los

seiscientos que llevaba en hibernación—, medía un metro ochenta, aproximadamente y pesaba setenta kilos.

No era un hombre guapo. Sus facciones eran corrientes. Entre mucha gente, podía pasar perfectamente inadvertido. Sin embargo, había motivos más que suficientes para afirmar que era un hombre extraordinario. Flavia Konstant tenía pruebas científicas de ello…

—Está usted bien, señor —dijo ella, al cabo de unos minutos.

—Me alegro. ¿Y usted?

—No necesito recurrir al «bioscopio», señor. Me conozco bien. ¿Siente apetito?

—Mucho.

—Le daré unas píldoras energéticas. Es conveniente tomarlas después de tan prolongada inacción.

—Gracias… Estamos solos.

—Sí, señor. Todos los demás murieron por distintas causas, pero ninguna de ellas me es imputable. Los expedientes están en el archivo.

Flavia señaló un armario oscuro, que se veía al fondo, junto a lo que parecía un laboratorio bioquímico. A la parte izquierda de la sala, estaban las cámaras de hibernación. Había treinta en total. Las otras sesenta se hallaban en otras dos salas que ya se habían cerrado y clausurado.

—No debemos confiar en regresar jamás a La Tierra, doctora. Debemos encontrarnos ya a cientos de miles de años luz… Gracias —Se tomó las dos píldoras que ella le había dado—. Será mejor que subamos al puente de mando.

Dicho esto, con pasos rápidos y seguros, mientras se abrochaba de nuevo el buzo dorado, cerrando la cremallera magnética. Tomas Dickery se dirigió a la puerta de la sala.

Era aquélla una puerta metálica, que había permanecido cerrada por espacio de cien años.

—Confiemos en que la atmósfera interior se haya renovado totalmente —dijo Dickery, al presionar el botón, junto a la puerta, para abrir ésta.

* * *

El puente de mando era una amplia sala, donde se encontraban los controles de todos los dispositivos de seguridad y navegación de a

bordo. Ante un gran tablero, en cuyo centro se encontraba la pantalla de televisión telescópica, había un asiento deslizante y elevador, desde el que se podía controlar todo el cuadro.

En aquel instante, el puente estaba silencioso y en la penumbra.

Al entrar, Dickery conectó la luz eléctrica y luego presionó los pulsadores de funcionamiento general.

Flavia se quedó a un lado, esperando órdenes.

—Hay que verificar los controles de vuelo —empezó a decir él—. Debemos establecer exactamente el tiempo y buscaremos la coordenada que ha fijado el rumbo durante el tiempo transcurrido.

—Como siempre —comentó Flavia.

Dickery se volvió y la miró de modo extraño.

—Sí, como siempre… ¿Tiene usted algo que decirme?

—Sí, señor. Tengo algo muy importante que decir.

—¿Qué es?

—No pienso volver a la cámara de hibernación. Esta vez ha sido la última.

Dickery iba a presionar una palanca, para establecer el contacto general en el tablero de control y se quedó en grotesca postura, mirando extrañamente a su compañera.

—¿Qué quiere usted decir?

—Escuche, señor. No sé dónde estamos ni creo que eso tenga importancia alguna. Pero tengo derecho a vivir mi vida… ¡Y he pasado seiscientos años en conserva! ¡Ahora deseo vivir, aunque sea sola!

¡Deseo soñar, recordar, escuchar música, leer, respirar, ser una persona y no una momia!

—No divague, doctora Konstant —replicó él, haciendo un gesto cortante—. Usted hará lo que yo le mande.

—¡No! —gritó Flavia, retrocediendo— ¡No le obedeceré! ¡Si usted quiere vivir un millón de años, yo le hibernaré y le dejaré allí, pero yo no pasaré de nuevo por esa prueba terrible! ¡Prefiero estar sola en la nave a volverme a situar en la cámara automática, de la que alguna vez no me levantaré! ¡Quiero vivir! ¿Me entiende?

Él se cruzó imperiosamente de brazos, delante de ella.

—Escuche, doctora Konstant. Admito que nuestra situación es muy anómala y que estamos realizando algo que nadie ha hecho jamás. Podemos morir y hemos de admitir esa posibilidad. Todos los demás murieron, no sé si por culpa de usted o de las circunstancias por las que

atravesó la «Sparta».

—¡Yo no tuve la culpa! ¡Sus organismos no reaccionaron! ¡Todo ha quedado registrado en el archivo electrónico! —exclamó ella—. ¡No puede usted dudar de mi capacidad profesional!

—No soy yo quién debe juzgar eso, doctora Konstant. Si alguna vez regresamos a La Tierra, serán otros quienes la juzguen. Sólo quiero referirme a la situación en que nos encontramos.

«Aquí soy yo el comandante y usted me debe obediencia. Del mando de esta nave soy responsable yo. Usted es, mal que le pese, mi única subordinada.

—En las actuales circunstancias y, ateniéndome a mi propia responsabilidad, obedeceré todo lo concerniente al reglamento. Pero ni me hibernaré de nuevo ni usted puede obligarme a que lo haga. Recuerde que estamos solos. Yo le «congelaré» a usted, si quiere… ¡Luego nadie podrá obligarme a que lo haga yo también!

Tomas Dickery abrió la boca para replicar, pero no lo hizo. La lógica de la doctora Konstant era aplastante. Una vez hubiese repasado él el control de vuelo y establecido el rumbo seguido durante los últimos cien años, debería volver a la cámara y dejarse hibernar. ¿Cómo podía, entonces, obligar a Flavia Konstant a que hiciera lo mismo en la cámara de hibernación automática?

—¿Por qué no trata de comprenderme, señor Dickery? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿A quién beneficia nuestro experimento? ¡Nadie de los que dejamos en La Tierra vivirán cuando logremos regresar, si es que lo logramos, cosa que dudo muchísimo!

«¿Qué nos importa a nosotros la curvatura del universo?

—Le importa a la ciencia.

—La ciencia del futuro no es nuestra, señor Dickery —replicó Flavia Konstant, secamente—. Tal vez, en estos momentos, si La Tierra sigue existiendo, ya hayan demostrado de otro modo, lo que nosotros pretendemos demostrar «in situ». ¿Qué sabemos de los avances realizados por la Humanidad en seis siglos?

»Pero no es eso lo que quiero hacerle comprender, señor. Es una razón más importante. Ahora estamos vivos, no sé debido a qué. Han muerto todos los demás. ¿Por qué correr más riesgos innecesarios?

—Porque es nuestro deber. Porque nos ofrecimos voluntarios para esta experiencia y, mientras quede alguien con vida, debemos seguir adelante, hasta el fin, sea cual sea.

»Y, por si lo ignora, puedo hibernarla a usted primero y yo utilizar

esta vez la cámara automática.

—¡No! —gritó ella—. ¡No lo consentiré jamás!

—Bueno. Ya hablaremos de eso después. Le ruego que permanezca aquí hasta que yo termine mi trabajo. No hay prisa en volver a la inmovilidad para otros cien años.

Flavia se mordió los labios y fue a sentarse en el asiento de la mesa de trazados celestes, mientras Tomas Dickery se enfrascaba en su trabajo.

Puso en funcionamiento todo el complicado sistema de control y fue entonces cuando dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Diantre!

—¿Qué ocurre? —preguntó Flavia, levantando vivamente la cabeza.

—¡Hemos sido atraídos por un planeta, en torno al cual estamos orbitando desde hace años!

—¿Cómo?

Dickery se movió ante el tablero de control, sentado en su asiento elevador, constató algunos datos y luego pulsó el conmutador de la pantalla telescópica, la cual empezó a fluctuar.

Flavia se acercó para observar de cerca la imagen que apareció segundos después en la pantalla.

¡Y ocupando casi el centro de la gran pantalla, ambos vieron una esfera, de color verdeazulada, con ligeras manchas blancas y oscuras!

—¿A qué altura estamos? —preguntó Flavia.

—Mil quinientos kilómetros… ¿Qué clase de mundo puede ser ése? Desde luego, es enteramente desconocido.

—¿Había algún sistema solar en nuestro rumbo último?

—No… Hemos podido derivar… ¡Efectivamente!

Aquí hay registrado un fuerte impulso de atracción magnética que ha afectado nuestro rumbo inicial. Es difícil mantenerse en línea recta durante cien años.

—¿Está usted seguro de que han transcurrido cien años desde la última medición?

Antes de contestar, Dickery elevó su asiento por encima de la pantalla polícroma y consultó varios indicadores. Hizo un breve cálculo mental y luego dijo:

—No hay duda. Hoy es doce de junio del año 2.890. Han transcurrido, pues, cien años y nueve días, cinco de los cuales permanecimos «despiertos», realizando la comprobación, antes de

hibernarnos. Tenemos», pues, un retraso de cuatro días, según consta en este control cronométrico.

—¿Puede ese planeta estar habitado?

—Lo dudo mucho. Nos encontramos a ciento veintitrés mil doscientos diecinueve años-luz de la Tierra, rozando los límites de Andrómeda. Y en estas latitudes galácticas, la vida no puede ser igual que la nuestra.

—¿Por qué no?

—Bueno, no hay razón para que lo sea. De todos modos, podemos comprobarlo muy pronto, con una exploración telescópica. Agrandaré la imagen de la pantalla…

CAPÍTULO II

—¡Por vida de…! —masculló Tomas Dickery.

La imagen del planeta verdeazulado había ido aumentando paulatinamente, como si la cosmonave se hubiese acercado a su singular terreno, hasta quedar fija en lo que podía considerarse una altura de cien o ciento cincuenta metros.

¡Y la exclamación se refería a unos objetos brillantes que se movían en considerable número, sobre una llanura verde, en dirección a un auténtico bosque de algo parecido a postes metálicos, clavados en el terreno!

Flavia también quedó atónita ante el espectáculo increíble que veían sus ojos. Al recuperar el habla, después de la sorpresa, exclamó:

—¡Ese planeta está habitado, capitán Dickery!

Ambos se habían situado delante de la pantalla telescópica y observaban, como situados en una plataforma elevada, el avance de lo que parecía ser un ejército de singulares máquinas.

Vistas desde arriba, tales objetos brillantes eran como esferas, sobre las que giraba una especie de corona provista de seis cortos tubos metálicos. Pudieron deducir, más que ver, que se movían por medio de una rueda bajo su cuerpo y que no tenían más de un metro de altura.

—¡Parecen robots que avanzan en formación militar! —declaró Dickery, excitadamente.

—¡Y su objetivo debe de estar detrás de esos postes metálicos! ¿Qué significará eso?

Los robots-soldados estaban a menos de quinientos metros de los primeros postes. La línea de ambos era dilatada y se perdía en la distancia, fuera del foco de la pantalla, pero Dickery había hecho oscilar el foco de aproximación y logró ver que ambas líneas terminaban, por

un lado, a orillas de un dilatado mar azul y por el otro al pie de una escarpadura montañosa.

—Hay más de doce kilómetros de anchura —declaró Dickery—, Es un auténtico campo de batalla… ¿Qué va a ocurrir cuando esos objetos metálicos se acerquen a los postes?

Apenas había terminado Dickery de prenunciar estas palabras sucedió algo extraño detrás de cada poste metálico. Un círculo de suelo verde se alzó, a modo de tapadera, ¡y de cada hoyo que apareció debajo, asomó algo parecido a un ser!

—¡Cielo santo! —exclamó Flavia, consternada— ¡Parecen seres humanos!

—¡Sean lo que sean, son homínidos! —ratificó Dickery.

Aquellos individuos, cuyas facciones apenas se distinguían detrás de una densa y revuelta pelambrera que les caía hasta los ojos, iban cubiertos con pieles, se enrollaban tiras que parecían ser de cuero a los brazos y piernas y al pecho llevaban como una concha de tortuga gigante, también sujeta con tiras de cuero.

Pero lo más increíble eran los objetos que llevaban en las manos, parecido a rifles de extraño diseño, y que, en vez de disparar balas, lanzaban como destellos amarillentos y fugaces.

Habían miles de tales sujetos. Habían estado ocultos en los agujeros detrás de los postes metálicos. Y la proximidad de las máquinas andantes les había hecho salir de sus refugios.

Ahora, todos disparaban sus destellos amarillentos hacia los robots y éstos empezaron a vacilar, cayendo algunos, como peleles informes, de cuyo interior surgía un humo blanco.

Pero las coronas de seis tubos que los robots llevaban sobre la cabeza esférica, y que giraba continuamente, empezaron a lanzar también destellos amarillentos sobre los homínidos de las cabelleras largas.

En pocos segundos, todo el campo de batalla se vio entrecruzado de destellos amarillos, como si fuesen ambos bandos polos distintos de un general generador eléctrico que se atraía y repelía al mismo tiempo.

La lucha alcanzó su mayor intensidad cuando, las ya maltrechas filas de los robots atacantes, llegó hasta los primeros postes. Pudieron verse a muchos homínidos tratando de escapar y corriendo hacia las filas traseras. Muchos caían, alcanzados por los destellos, que parecían fulminarlos en el acto. Otros, con más suerte, lograban escapar.

Pero los robots también habían caído a millares. Se podía apreciar

perfectamente, que el número de aquellos aparatos caídos y humeantes era muy superior al de homínidos.

Los robots atacantes tenían un comportamiento muy singular. Avanzaban en línea recta, oleada tras oleada. Sólo disparaban los que iban en primera línea, pero cuando alguno caía, el que le seguía avanzaba más aprisa, esquivándole, y su corona de seis tubos empezaba a lanzar destellos al mismo tiempo.

Lo peor fue cuando los robots llegaron hasta donde estaban los postes metálicos, cuya primera línea habían abandonado ya los hombres vestidos con pieles. Y fue que los postes parecieron electrificarse, soltando grandes chispas azules y rojas, de uno a otro, y destruyendo a los atacantes que fueron pillados en medio.

Allí se formó un ingente montón de metal retorcido, humeante y convulso, sobre el que fue a estrellarse todo el ejército mecánico, bloqueado en su avance por sus propios compañeros destruidos. Ya no había modo de sortear la barrera. Los robots llegaban hasta allí y se detenían. Ni siquiera era posible llegar a donde los rayos que brincaban de poste a poste podían alcanzarles.

Y esto sirvió a los homínidos para rehacerse e iniciar un nuevo ataque, que terminó en poco tiempo con todo el ejército mecánico, del cual no sobrevivió ni una sola unidad.

La victoria se había inclinado sobre los homínidos, cuya movilidad y astucia les había ayudado mucho.

A través de la pantalla telescópica, Tomas Dickery y Flavia Konstant vieron luego a los vencedores retroceder, colgarse sus armas de los hombros, y alejarse sin orden ni formación.

Eran un auténtico enjambre de más de doscientos mil individuos, todos ataviados con las mismas prendas, y daban la sensación de un ejército de salvajes en retirada, como si fueran los vencidos, en vez de los vencedores.

Detrás, empero, habían dejado un número mayor de robots aniquilados en confuso desorden. Y, lo peor, era que también habían dejado a buen número de camaradas muertos, cuyos cuerpos yacían sobre el terreno de la lucha, olvidados e insepultos.

* * *

—¿Qué le ha parecido? —preguntó el capitán Dickery a la doctora Konstant—. ¡Acabamos de descubrir un planeta habitado y encontramos

que sus habitantes están en guerra!

—¡Y qué guerra! —observó Flavia, todavía atónita—. Podría compararse a las antiguas guerras de La Tierra, entre naciones, donde se establecían frentes fijos, con trincheras y todo. Pero yo no creí que pudieran destruirse tan pronto esos sujetos. Y es evidente que poseen armas de rayos destructivos. Pueden tener una ciencia desarrollada.

— ¡Sin duda, deben conocer la electricidad o la electrónica…! ¡Y, además, los robots han de estar hechos por alguien!

—¿Y por qué se visten con esas extrañas pieles? ¡Parecen salvajes de la selva! ¿Adónde se dirigen ahora?

—Posiblemente vuelvan a sus ciudades. Seguiremos su marcha a ver dónde van.

Dickery estuvo manejando los mandos del enfoque, avanzando por delante del singular ejército, y de este modo, a una gran distancia de la cabeza de aquél, descubrió una gran llanura enteramente cubierta de ruinas.

Fijó su atención sobre aquel paraje, de muchos kilómetros de extensión, creyendo percibir, entre los montones de escombros, individuos que se movían de un lado a otro. También eran homínidos, cubiertos con pieles. Muchos se cubrían las cabezas con algo parecido a cascos; otros .apenas si tenían cabello en las cabezas y eran de baja estatura. Pero habían muchos, hormigueando entre aquellas interminables ruinas.

Se les podía ver asomar entre las piedras, surgiendo como ratas de sus madrigueras, o bien ocultándose en los agujeros, en muchos de los que penetraban en cuclillas.

Aquellas ruinas debían pertenecer a una megápoli de muchos millones de habitantes. Se veían las huellas de lo que fueron amplias avenidas longitudinales, cruzadas por otras calles perpendiculares que terminaban precisamente entre los montones de escombros que habían a orillas del mar, y que daban el aspecto de haber sido grandes instalaciones portuarias.

Pudieron ver también, cascos de extraños buques blancos, medio hundidos, cerca de la orilla del mar.

El desastre y la desolación reinaba por todas partes.

Tal era el lugar hacia donde se dirigían los vencedores. Allí penetraron, mezclándose entre los otros habitantes. Y tanto Dickery como Flavia tuvieron allí el testimonio de que eran seres racionales, porque los individuos provistos de cascos entrelazaban sus manos con

los recién llegados, en un extraño saludo, y luego se iban a los agujeros que habían entre los escombros.

Muchos de tales homínidos con cascos se postraban al suelo, golpeándose la frente con las piedras y en su derredor se agrupaban cuatro o cinco de los individuos más pequeños.

—Empiezo a comprender que los varones han ido a la guerra —explicó Dickery—. Al regresar, los supervivientes se reintegran con sus familias, mientras que las esposas de los que no vuelven se postran de esa forma, rodeadas por sus hijos, llorando al héroe muerto.

—Eso, poco más o menos, es lo que ocurría en La Tierra durante el ciclo bélico —asintió Flavia.

—Ni más ni menos. Sin embargo, si son seres humanos, ¿por qué luchan contra aquellas máquinas? ¿Quién destruyó su ciudad? ¿Qué originó la contienda? ¿Por qué no edifican sus casas, en vez de vivir en agujeros?

—¿No son demasiadas preguntas? —inquirió Flavia, secamente—. Ni siquiera sabemos qué mundo es ése.

Dickery no replicó. Estuvo realizando una serie de mediciones en sus aparatos de control y luego se sentó frente a la mesa trazadora. Sobre el cristal que mostraba una silueta cambiante del hemisferio celeste, enteramente cubierto ahora de diminutos puntos luminosos, localizó un puntito negro. Allí, con una trazadora de mano, hizo un círculo y dijo:

—Nos encontramos aquí, a ochocientos millones de kilómetros de un sol casi el doble que el nuestro, en torno al que giran quince planetas de semejante configuración. Hay también numerosos satélites inferiores. Esto es un sistema solar de mayores proporciones que el nuestro, y la prueba de la habitabilidad de uno de ellos es irrefutable.

«Ignoramos, sin embargo, si los otros planetas están habitados.

—¿Podemos descender a ese mundo, capitán Dickery? —preguntó Flavia.

—No —dijo él, tajante—. No podemos hacerlo por numerosos motivos importantes. En primer lugar, nosotros no hemos venido a descubrir mundos ni civilizaciones atrasadas o avanzadas. El fuerte magnetismo de ese planeta, interponiéndose en nuestra órbita, nos ha atraído y hemos de escapar de él cuanto antes.

»Otro importante motivo es que los aborígenes de ese planeta están en guerra, y nosotros no podemos mezclarnos en los asuntos de otras razas, aparte de que pueden confundirnos con enemigos y destruirnos.

»Pero la principal razón es que nuestra misión no ha concluido…

—¡Ni concluirá jamás, capitán Dickery! —atajó Flavia, secamente—. Yo me niego a continuar. Considérelo usted como un acto de insubordinación, motín o desacato… ¡Lo que quiera! Pero no volveré a la cámara de hibernación.

«Escuche, capitán Dickery. Nuestra misión carece ya de objetivo. Toda la tripulación ha desaparecido. Sólo estamos usted y yo. Sé lo agrio que es su carácter y no me es usted simpático, ni me lo será nunca. Pero es usted el único ser humano con el que puedo hablar, discutir, pelear, si es preciso, y saber por ello que estoy viva.

»No podemos vivir más allá de ochenta años, si no enfermamos. Ésa es nuestra vida, capitán. La nave es nuestro mundo… ¡Nuestro único mundo! Pero mientras que usted y yo estemos aquí, será un mundo viviente, no un catafalco que transporta dos seres congelados, expuestos a no recuperarse jamás.

»Y ahí tenemos un planeta cuyos habitantes tienen problemas. Podemos ser mensajeros de La Tierra. Podemos descender y mediar en esa lucha, buscando un medio de establecer la paz. Nuestra historia fue fecunda en contiendas, pero sabemos por la historia que los hombres se entendieron al fin y la civilización progresó más aprisa con el esfuerzo de todos los pueblos.

»He aquí una excelente misión, digna de nuestra avanzada condición humana. Quizá podamos enseñar mucho a esos seres que se visten con pieles…

—¡Basta, doctora Konstant! —exclamó Dickery tajante—. Déjese de divagaciones extrañas. Ni nos importa lo que ocurra en ese planeta, ni debemos permanecer tanto tiempo en las proximidades de un mundo peligroso.

»Trazaré un nuevo rumbo, restableciendo la órbita anterior, y cuando estemos de nuevo en ruta, la hibernaré hasta dentro de cien años más. Creo poderla devolver a La Tierra dentro de algunos millones de años, y la «Sparta» habrá realizado la mayor singladura de todos los tiempos, demostrando que el espacio es curvo y que siguiendo siempre en línea recta, se regresa al punto de partida.

Flavia se mordió los labios y dijo:

—Si hace usted eso, ¡jamás me volverá a ver viva, señor!

—Escuche, doctora Konstant. He registrado todo cuanto hemos visto en la superficie de ese planeta. Nuestros analizadores a distancia, graban en estos momentos la composición geoquímica de la atmósfera de ese mundo. Mediremos su gravedad, su magnetismo, su densidad,

todo, en definitiva. Y esos datos, junto con los muchos que hemos obtenido ya, llegará algún día a La Tierra, estemos nosotros vivos o no, porque nuestra raza necesita conocer cómo es el Universo que nos rodea. Posiblemente, eso servirá para salvar billones de seres en el futuro.

— No —replicó Flavia, obstinadamente—. Ni usted mismo cree que sea posible regresar a La Tierra por otro lugar distinto al que nos fuimos. Y si fuera posible, será dentro de muchos millones de años. Y para entonces, ¿a quién puede servir lo que la «Sparta» lleve consigo? No creo que ni siquiera sepan interpretar nuestros registros.

»Lo más lógico es que nos ocurra, al fin, lo que nos ha ocurrido aquí. La cosmonave será atraída por un planeta de fuerte atracción magnética, y terminemos por caer a su superficie, hasta desaparecer en la consumación del mundo que nos toque en suerte por sepultura.

»Y yo soy un ser humano que no deseo eso, capitán. Tengo un alma, un espíritu que alimentar, una razón para pensar, aunque sea en la más absoluta soledad.

«Escuche, capitán Dickery. El destino nos ha juntado en esta aventura. Yo vine a esta nave y emprendí el viaje sin retorno porque estaba asqueada de mi existencia allá en el Centro de Investigaciones Médicas. Todos vinimos aquí voluntariamente. Servíamos a la ciencia, a la humanidad del futuro… ¡Éramos ya seres del futuro, que regresaríamos dentro de algunos millones de años, poco más o menos como nos. habíamos ido!

»Era una gran tentación. Y de aquel modo salíamos de la rutina cotidiana. Vinimos a la «Sparta» alegremente. Eran noventa personas. Un pequeño mundo, que ha quedado reducido a su mínima expresión. ¿Y ahora qué?

Tomas Dickery no replicó. Tenía el ceño fruncido y la expresión preocupada.

Flavia aprovechó el silencio de él para continuar:

—Me siento seiscientos años más vieja, capitán Dickery. Eso es en concepto real de la verdad. Mi organismo no ha envejecido más que unas semanas… ¡Pero he yacido, como muerta, durante seis siglos!

»Cuando pienso en eso, me estremezco. Nuestro mundo está excesivamente lejos. Sé, porque mi instinto me lo dice, que no regresaremos jamás a La Tierra. Nuestras vidas se habrán malogrado inútilmente. ¡De eso estoy absolutamente segura, Capitán Dickery!

«Hágame usted caso. Ahora tenemos una oportunidad para vivir,

para hacer algo. Podemos ayudar a la paz de ese mundo atormentado por la guerra. Podemos aprender mucho de ellos, o podemos enseñarles el modo de hacer la paz.

—¿Ha pensado usted en cómo entenderse con esos seres?

—Eso no es dificultad, capitán. Aprenderemos su lenguaje, o ellos aprenderán el nuestro. ¿Qué importa? Naturalmente que hemos de encontrar obstáculos, pero podemos vencerlos todos.

—A menos que nos maten con esas armas que lanzan destellos dorados —replicó Dickery.

—¿No estamos aquí para morir lentísimamente?

—Embarcamos para cumplir una misión que no ha hecho más que empezar, prácticamente.

—¡No ha hecho más que empezar y sólo quedamos usted y yo, de noventa personas! ¡Usted mismo efectuó varios descensos y empleó la excavadora electrónica para darles sepultura!

»A nosotros, en cambio, no nos sepultará nadie bajo el suelo de un planeta extraño. Esta nave nos servirá de ataúd.

—¿Qué es lo que quiere usted? —gritó Dickery, exasperado ya.

—Bajemos a ese mundo. Dirija la cosmonave hacia esas ruinas que hemos visto. Hablemos, o tratemos de hablar con esos infortunados seres. Busquemos el modo de que encuentren la paz.

«Éste es un mundo como puede ser el nuestro. Son seres parecidos a nosotros, en su aspecto externo físico. ¿No es más práctico solucionar el futuro de estos desdichados, ahora, sobre el terreno, ya que estamos vivos, que permanecer aquí, viajando siempre por el espacio sin rumbo ni destino?

—¿Y por qué no hacer ambas cosas? —preguntó Dickery.

Flavia abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué quiere usted decir, capitán Dickery?

—Escuche, doctora Konstant. A nosotros no nos importa perder unos días o unos años. Sí, es posible descender y tratar de buscar un poco de paz entre esos seres. Incluso tenemos armas a bordo que ellos no conocen.

»No creo que fuese difícil lograrlo. Pero, ¿luego qué? ¿Nos quedamos aquí, desertando, abandonando nuestra misión?

Flavia Konstant comprendió que Dickery le concedía una tregua y se aferró a tal posibilidad.

—De acuerdo, capitán Dickery. Empieza usted a resultarme algo más humano de lo que creí. Bajamos a ese mundo, tratamos de hacer algo y

luego decidimos si continuamos o no.

—Continuaremos… ¡Y si no viene usted conmigo, puede que lo hagan esos seres que acabamos de ver en la pantalla! ¡Hemos perdido una tripulación, pero es posible enrolar nuevos tripulantes en distintos puertos!

Flavia Konstant sintió su primera admiración por Tomas Dickery.

¡Ahora sabía por qué había sido elegido para capitán de la «Sparta-C-5001»: era un hombre inflexible, pero humano!

CAPÍTULO III

Tomas Dickery supo hacer bien las cosas. Era un hombre meticulosamente calculador y no quería correr riesgos de ningún tipo. Por ello, utilizando una pequeña nave auxiliar, descendió sobre la superficie de aquel extraño planeta, aprovechando la oscuridad, y se posó en un paraje próximo a la megápoli en ruinas.

Flavia, mientras, se había quedado en la cosmonave, aguardando.

Una corazonada hizo que Tomas Dickery descendiera sobre el mar y, a escaso nivel, por encima de las suaves olas, se acercase a tierra. Allí, detuvo su silencioso aparato y, provisto de una escafandra de vacío y un paralizador de mano, abrió la escotilla y saltó a tierra. De su casco, abatió la pantalla infrarroja, lo que le permitía ver en la oscuridad.

No había hecho ruido y creía no haber sido detectado.

Caminó despacio, fijándose atentamente en todo, y avanzó hacia un montón de ruinas, próximo a la gran ciudad destruida. Esperaba escuchar algo en el silencio ominoso, y para ello tenía abierto el circuito de escucha exterior.

Era un gran riesgo el que estaba corriendo Tomas Dickery. No sabía lo que podía sucederle. El medio era eminentemente hostil. Se había

posado subrepticiamente en un mundo en guerra. Lógicamente, pensó, los habitantes de aquel lugar debían poseer medios para detectar cualquier presencia extraña, de lo contrario podían ser sorprendidos por sus enemigos.

Él esperaba encontrar alguna especie de centinelas. Y no fue así.

Lo primero que escuchó fue una serie de voces, que procedían de algún lugar situado entre las ruinas. Este aviso le hizo tenderse rápidamente al suelo y aprestar el paralizador.

De pronto, entre las piedras rotas vio aparecer primero un casco. Luego surgió un individuo cubierto con pieles. Le vio perfectamente el rostro, que no estaba cubierto de cabello. Y le pareció hasta hermoso. Era semejante a un ser humano. Tenía dos ojos, nariz, boca bien dibujada, y pómulos algo salientes, debido a la deficiente alimentación.

En realidad, Tomas estaba viendo a una mujer «kosol»; de cráneo rapado, como era costumbre allí que fuesen las mujeres.

Y la mujer debía estar enojada, porque de sus labios salían extrañas palabras airadas, proferidas hacia alguien que permanecía oculto en el refugio interior.

Vio Tomas que llevaba algo en las manos y que fue a arrojar a escasa distancia de la destruida casa. Se volvió luego, como para regresar a su refugio, todavía gruñendo en su extraña e incomprensible lengua.

Tomas no aguardó más. Alzó el paralizador y presionó el botón de disparo. La mujer se crispó, doblándose sobre sí misma, y cayó sobre las piedras.

Rápidamente, Tomas Dickery se acercó, agarró a la hembra de un brazo y se la echó al hombro. No pesaba más de cuarenta y cinco kilos y era de estatura algo baja. Las pieles que cubrían su cuerpo la hacían más gruesa de lo que era. El terrestre había comprobado que la temperatura en aquel planeta estaba por debajo de los cero grados, aunque la humedad en la atmósfera era baja.

Con su carga al hombro, regresó rápidamente a la nave auxiliar. Depositó a la mujer «kosol» en el piso y penetró en el vehículo. Unos instantes después, remontaba el vuelo, retrocediendo hacia el mar, sin ruido alguno, para regresar a la «Sparta», donde le aguardaba Flavia Konstant.

A los pocos minutos, llamó por radio a la doctora.

—«Pek-8» llamando a «Sparta»… ¿Me oye, doctora Konstant?

—Le oigo perfectamente, señor. ¿Qué ocurre?

—Regreso a bordo. Llevo un aborigen, cuyo aspecto parece una

mujer terrestre.

—¡Es sorprendente que esos seres sean tan parecidos a nosotros, señor!

—Ese sujeto, ataviado como nosotros, podría pasar por un terrícola. Lleva un casco de un material desconocido, muy ligero. Pero el resto de su atuendo es de piel animal.

—Estoy ansiosa por conocer a ese ser. Tengo dispuesta la cámara de acceso.

—¿Está usted equipada con la escafandra?

—Sí —contestó Flavia.

—No podemos correr el riesgo de introducir a este ser en una atmósfera dañina.

Antes de efectuar el descenso, Tomas Dickery había analizado la atmósfera del planeta sobre el que orbitaban, encontrando gran semejanza con el aire atmosférico de la Tierra. Pero, pese a ello, la atmósfera artificial de la nave podía dañar al aborigen, causándole trastornos. Por ello, en principio habían decidido servirse de las escafandras de vacío, provistas de aire individual, y mantener al nativo en su propia atmósfera, hasta que hubiesen realizado el examen médico adecuado, de lo que se encargaría Flavia.

En menos de media hora, Tomas Dickery alcanzó la órbita de la «Sparta» y maniobró para acercarse al hangar de acceso. La luz era allá arriba normal y no necesitaba la pantalla infrarroja.

Cuando penetró en el hangar y la compuerta exterior se cerró, Flavia Konstant salió del departamento de control de acceso y se acercó a la pequeña nave. Igual que Dickery, iba vestida con un equipo de vacío.

—Bienvenido a bordo, capitán Dickery.

—Gracias, doctora. Ahí tiene a su paciente. Necesito un uniforme completo cuanto antes.

Flavia se inclinó sobre la nativa y le abrió los párpados. Tomó su pulso y luego la auscultó con el «bioscopio» que sacó de uno de sus bolsillos. Sus primeras palabras fueron:

—¡Parece increíble, señor!

—¿Qué parece increíble?

—Este ser es exactamente igual que nosotros… ¡Es extraño que otra raza se haya desarrollado en el universo con el mismo metabolismo que nosotros!

—A mí no me parece tan extraño, puesto que las condiciones ambientales son análogas a las de La Tierra. De todas formas, la

evolución de esta gente no parece haber sido la misma que la nuestra.

—Morfológicamente hablando, esta mujer se confundiría con cualquiera de nuestras mujeres en La Tierra.

—¿Está usted segura de que es una mujer? —preguntó Dickery.

—Seguro, señor. Pero la someteré a un examen médico. ¿Quiere ayudarme a llevarla a la cabina de control? He preparado allí algunos aparatos clínicos.

Dickery se limitó a tomar en brazos a la inconsciente figura y la llevó al lugar de donde había salido Flavia. No se cerró la puerta. La atmósfera era la misma que habían recogido del exterior mientras el hangar de acceso estuvo abierto. El resto de la nave espacial continuaba con la atmósfera terrestre artificial.

—Estaré en el puente. Avíseme si necesita algo —Dickery consultó un reloj electrónico de pulsera y añadió—: Aún tardará algo más de media hora en recobrarse. Procure usted que no se nos muera.

—Conozco mi oficio, señor —replicó Flavia, sin molestarse.

Dickery sonrió y se fue por una compuerta «osmótica», cuyas moléculas fueron electrodisgregadas para permitirle el paso, reagrupándose inmediatamente. Sólo su cuerpo pudo pasar por allí. Ni un átomo de aire exterior pudo penetrar con él. La electrodisgregación atómica permitía atravesar las paredes, como si no existiera materia en la puerta especial.

* * *

Al quedar sola, Flavia procedió a desvestir a su paciente, despojándola de sus extrañas ropas de piel. Era la única prenda que vestía la mujer. Le despojó también de la concha de tortuga que cubría su pecho y de las pieles que envolvían sus piernas.

El casco le fue también retirado, encontrándose Flavia con la cabeza rapada, aunque no completamente, porque el Cabello empezaba a crecer y tenía unos milímetros sobre el redondeado cráneo.

Anatómicamente, la mujer «kosol» era semejante a una mujer terrestre. Su esqueleto se adivinaba a través de su piel, ligeramente morena y suave. Sus senos eran tersos y el vientre estaba completamente liso.

Flavia tomó algunas de sus propias prendas y con ellas vistió a la mujer, colocándole luego un buzo dorado, que le venía excesivamente grande.

Hecho esto, procedió a realizar un análisis de sangre. Y cuando estaba examinando la jeringuilla con la que había hecho la extracción, un quejido se escapó de labios de la aborigen.

Flavia se volvió. Y apenas tuvo tiempo de ladearse, porque la mujer saltaba ya hacia ella como una pantera, crispado el semblante y fieros los ojos, diciendo unas palabras que ella no podía entender.

La doctora terrestre tenía cierta experiencia en pacientes revueltos o agresivos y supo ladearse y luego atenazar a la mujer «kosol», torciéndole un brazo a la espalda y obligándola a doblarse sobre la mesa de reconocimiento, mientras musitaba palabras suaves.

—Calma, amiga mía… No debe temer nada… ¡Tranquilícese! ¿No me entiende?

—¡Kerja! —gritó la mujer «kosol», debatiéndose con furia.

Flavia hubo de recurrir a determinados centros nerviosos de la «kosol» y logró dejarla paralizada, junto a la mesa de reconocimiento. Luego, se situó frente a ella, tomándole una mano.

—Debe existir algún modo para entendernos. Y por eso la hemos traído aquí… No tema nada.

El lenguaje de la mímica sirvió de poco. La mujer «kosol» no parecía entender nada y estaba terriblemente asustada y más viéndose con las ropas que Flavia le había puesto.

Sin embargo, Flavia la fue tranquilizando por medios suaves e hipnóticos. E incluso, cuando se pasaron los efectos de la paralización temporal, la acompañó a un asiento reclinable y le acarició las mejillas con la yema de los dedos.

—Soy Flavia… Yo —Flavia se señaló a sí misma y repitió varias veces su propio nombre—: . Me llamo Flavia… ¿No entiendes?

—Flavia —repitió la otra, moviendo los labios del mismo modo que la doctora terrestre.

—¡Exactamente! ¡Ése es mi nombre! ¿Y tú?

Fue necesario que Flavia repitiera su nombre otra vez, señalándose a sí misma, para que la mujer «kosol» terminase por decir:

—Nagal… Nagal… Ak frek Nagal.

—¡Bien, muy bien! —exclamó Flavia—. He comprendido perfectamente. Tú eres Nagal… «Ak frek Flavia».

—Ke, ke, ke! —repitió la otra mujer, asintiendo vivamente con la cabeza.

Luego, Nagal señaló en derredor e hizo una pregunta:

—¿«*Grol maer*», Flavia?

Flavia repitió las palabras, memorizándolas. Se mordió los labios y procuró repetir la pregunta, cuyo significado no podía estar más claro para ella. Nagal preguntaba qué era aquello o dónde estaba. Lo difícil era responderle.

—Escucha… Otro mundo lejano. Nosotros formamos parte de otra civilización.

Nagal sacudió la cabeza. Se levantó y se acercó a todo cuanto veía. Y su sorpresa fue enorme, mientras examinaba los controles de la cabina de acceso, al ver aparecer a Tomas Dickery a través de la puerta «osmótica». Emitió un grito y corrió hacia Flavia, quien la abrazó, con ademán protector.

—No temer… No debes temer nada. Él es amigo.

Tomas se acercó, sonriente, y alzó la mano derecha.

—¿Ves? Señal de paz —dijo Flavia, sintiendo temblar el cuerpo de la mujer «kosol».

—¿Ha averiguado usted algo? —preguntó Dickery.

—Sí. Es una mujer inteligente. Sé que se llama Nagal. Pero nada más. Usted ha venido a asustarla.

—Se me ha ocurrido que esta criatura debe tener hambre. ¿Cree que puede comer algo? Tenemos alimentos naturales en «alta conservación».

—He pensado en eso. Podemos probar a darle leche, carne y fruta.

—Perfectamente. Se lo traeré. Dígale que no tenga miedo de mí… Soy el capitán de la nave.

—Dígale «Ak frek Dickery» —dijo Flavia.

—«Ak frek Dickery» —repitió Tomas.

—«Ak frek Nagal» —dijo la mujer «kosol».

—¿Qué quiere decir eso?

—Usted es Dickery… Ella es Nagal.

—¡Vaya, doctora; la felicito! Es un magnífico principio. ¿Cuántos años cree que necesitaremos para aprender su lengua? —Dickery parecía ironizar.

—Aunque no lo crea, no espero que pase un mes sin entenderme perfectamente con ella. La atmósfera no la perjudica en absoluto y a nosotros tampoco. Hemos tenido hasta esa suerte.

—Quizá debemos admitir una ley universal acerca de esto. A igualdad de atmósfera, metabolismos iguales. Porque no creo que tengamos el mismo origen.

—Si supiéramos con exactitud cuál es el origen del hombre —

contestó Flavia—, tal vez podríamos saber el de estos seres.

* * *

—Kosol —dijo Nagal—. Eso es Kosol.

Se encontraban los tres en el puente, delante de la pantalla telescópica, a través de la que Tomas Dickery había mostrado el suelo del planeta, enfocado en aproximación.

Nagal llevaba una semana, exactamente, a bordo de la «Sparta». Tanto Dickery como Flavia se habían esforzado, a todas horas, en conversar incansablemente con ella. Se registraron todas sus palabras, repitiéndose el equivalente, si lo había, en lengua kosol.

Nagal definió su propia persona como «verkla», lo que significaba «mujer kosol». Dijo tener un compañero, como Flavia, cuyo nombre era Pruma. El hombre, en kosol», era «verplo», y los niños, «naake».

—¿Tienes cinco niños, Nagal? —preguntó, una vez, Flavia.

Nagal asintió.

—¿Cuántos años tienes?

Esta simple pregunta costó largas horas. En Kosol no se medía el tiempo, pero ella sabía que muchos soles atrás, antes de la Guerra Final contra los «Urpos», se medía el tiempo. Ella ni siquiera había conocido el esplendor, ya desaparecido, de la gran ciudad que los «verplo» de Kosol construyeron a orillas del mar.

Al final, valiéndose de computadoras y estudiando las estaciones de Kosol, que tenían un ciclo geofísico, Tomas Dickery estableció el año de Kosol en quinientos once días terrestres. Un breve cálculo demostró que Nagal tenía, pues diecinueve años terrestres y que se había casado —esto era un decir—, seis veces. Fruto de tales uniones había tenido cinco niños, tres de los cuales eran «verplo», o sea varones, y dos igual que ella. Por haber cumplido con su deber, la Hermandad le proporcionó un casco para proteger su preciosa cabeza.

Los habitantes de Kosol sabían que el cerebro era lo más importante de su organismo. Aquél era el centro motor de sus vidas. Proteger, pues, el cerebro era importante, y más estando en guerra.

Pero fue preciso que transcurrieran más de veinte días para que tanto Dickery como Flavia pudieran tener una idea algo clara del lenguaje «kosol» y pudieran entender a Nagal, a la cual fue necesario enseñar el lenguaje español que se hablaba en La Tierra, como idioma auxiliar del nativo, y poder enterarse del lugar en que se encontraban y

lo que estaba sucediendo en Kosol.

—Si vosotros ser amigos, como decís, tenéis que ayudarnos contra los «Urpos» metálicos.

Nagal había aprendido estas palabras durante largo rato, a solas en la cabina particular que le habían asignado para descansar. Al salir a la sala de reunión, las dijo con claridad y con énfasis.

—Bueno, no creo que podamos ayudaros, Nagal. Supongo que los «Urpos» deben ser las bolas metálicas que disparan rayos amarillos.

Nagal se había acercado a Tomas, poniéndose de rodillas ante él y tomándole las manos, con veneración. Era una mujer muy vehemente y expresiva.

—Hermano Tomas, tú puedes ayudar a tu hermana Nagal. Mis hijos y los hijos de mis hermanos y hermanas te adorarán… ¡Tu nave confundirá a los «Urpos»! ¡Tú no puedes negarnos tu ayuda! ¡Eres fuerte, sabio y valiente! ¡Viniste a Kosol y te llevaste a Nagal, durmiéndola con tu rayo invisible! ¡Duerme a los «Urpos» y devuélvenos la seguridad!

—Basta, Nagal —atajó Dickery, inquieto—. Sé que habré de bajar a Kosol y hablar con los jefes de la Hermandad de Supervivencia. Necesitaré de vosotros para continuar mi largo viaje del Sueño Profundo. Pero no sé qué puedo hacer contra los «Urpos», si son máquinas.

Flavia intervino en la conversación, diciendo:

—Nagal me dijo que los «Urpos» se construyen en un lugar remoto de Kosol y que no saben se encuentra la fábrica. Suponen, aunque no están seguros que los descendientes de los rebeldes «kosoles» que iniciaron la guerra, hace siglos, son semejantes a ellos. En Kosol no viven ya más que ellos y no podrán resistir dos o tres generaciones más. Luego, desaparecerán todos y los amos de los «Urpos» serán dueños de Kosol.

—Ni siquiera saben por qué hacen la guerra, ni contra quién —observó Dickery—. ¿Y qué puedo hacer yo?

—Tratar de descubrir dónde se construyen los «Urpos».

—¿Y qué, si lo averiguo?

—Podemos establecer la paz, señor Dickery —declaró Flavia.

—Vamos a suponer que los «kosoles» que construyen a los «Urpos» nos dominan, nos aniquilan o nos convencen de que ellos tienen razón. ¿Qué pasará con la «Sparta»?

—Tú eres mi hermano, Tomas —dijo Nagal, sin acento en la voz.

Dickery sonrió y puso la sobre la cabeza de Nagal, donde el cabello castaño empezaba a crecer ya.

—Gracias, Nagal. Tu confianza en mí me abruma. Dentro de unos días bajaremos a Kosol y te devolveré a Pruma. Hablaré con la Hermandad de Supervivencia y estudiaremos vuestro problema. No puedo prometerte nada, ¿sabes? Pero lo que esté en mi mano, lo haré.

Nagal, que había comprendido a medias, se hizo repetir todo cuanto dijo Dickery por Flavia, la cual eligió otras palabras más sencillas.

Al terminar Flavia su interpretación, Nagal se arrodilló delante de Dickery y le besó las botas, abrazada a sus piernas.

—Miss «naake» serán tuyo, capitán Dickery… ¡Nagal es tu esclava!

Flavia no pudo contener el sonrojo. Sabía que las mujeres de Kosol sólo aspiraban a tener hijos para la guerra… ¡Vivían en un mundo que se despoblaba continuamente y su tiempo estaba contado, porque los «Urpos» venían cada vez en mayor número!

CAPÍTULO IV

Dickery pilotó la pequeña nave auxiliar, como había hecho la primera vez, en la oscuridad. Ahora, Nagal, ataviada con sus pieles y cubierta con su casco protector, viajaba a su lado, muy agitada y nerviosa. Iba a ser mensajera de una gran noticia para su desgraciado pueblo.

Nagal había permanecido cuarenta y ocho días con los dos terrestres, aprendiendo rápidamente su idioma y enseñando el suyo a Flavia y Dickery. Ahora, regresaba a reunirse con su familia y a convocar una reunión urgente de la Hermandad de Supervivencia.

—No debes preocuparte del «verplo kosol», Tomas —decía Nagal—. Sólo saben luchar y morir. Para eso han nacido. Yo les hablaré y cambiarán su idea. Todos quieren vivir, porque regresan contentos de la lucha.

—¿Cada cuánto tiempo atacan los «Urpos»?

—Antes lo hacían cada dos años. Pero ahora vienen más pronto y en mayor número. Sus ataques se producen más cerca. Sabemos que los próximos ataques serán sobre nuestros refugios. Además, los «Urpos» no son siempre iguales. Cambian de forma.

«Ocurrió, siendo yo una «naake» que todos nuestros guerreros fueron arrollados y muertos. Los «Urpos», entonces, eran bolas de metal, de las que surgía el rayo aniquilador color amarillo. El rayo del silencio eterno y definitivo. Nosotros habíamos preparado las trampas de segunda y tercera fila y allí se precipitaron los «Urpos». Logramos desmontarlos y sacar sus armas, con las que luchamos. Nosotros también tenemos fábricas subterráneas de armas.

»La situación, sin embargo, no puede durar mucho, porque cada vez

quedamos menos. Ellos, en cambio, pueden construir todos los «Urpos» que quieran. Por eso sabemos que terminaremos por desaparecer, como desapareció nuestra gran ciudad, de la que sólo quedan los escombros.

Dickery no respondió. Estaban llegando a tierra y se dispuso a realizar el aterrizaje, justamente sobre el mismo sitio donde tomó tierra la vez primera.

—Te aguardaré aquí, Nagal. Primero, ve a ver a tus hijos y a tu esposo. Luego, irás a ver a los miembros de la Hermandad de Supervivencia. Diles quién soy y que quiero hablarles.

—Sí, Tomas. Estarán muy contentos.

Al detenerse la pequeña y silenciosa nave, Dickery abrió la compuerta y ayudó a Nagal a descender.

—¿Puedes orientarte en la oscuridad o quieres que te deje mi pantalla infrarroja? —preguntó Dickery.

Nagal rehusó.

—No, gracias. Conozco este lugar muy bien. Temo mucho, sin embargo, que otra «verkla» esté con Pruma, cuidando de mis «naake».

—¿Cómo es posible eso?

—Nuestros hombres no saben cuidar a los niños, capitán Dickery. Si una mujer se va, el esposo busca otra mujer joven. Nuestras familias son así. Nos hacen falta hijos para la Guerra Final.

—Espero poderte ayudar, Nagal —replicó Dickery, no muy convencido—. Anda, vete.

Nagal estrechó la mano de Dickery, como había aprendido en la «Sparta» y se alejó corriendo como una gacela. La alegría de su corazón parecía haberse transmitido a sus ligeras piernas.

Y Tomas Dickery quedó allí, junto a su nave, descubierto, respirando el aire fresco de la noche. No llevaba el casco escafandra, porque no lo necesitaba, pero se había colocado bajo el buzo una esterilla termógena, para protegerse del frío ambiente.

Se paseó hasta la orilla del mar, donde las olas rompían mansamente sobre la fina arena. Incluso llegó a tocar el agua con la puntera de sus botas metálicas y flexibles. Era aquel un mundo maravilloso, sereno y plácido; un lugar magnífico para vivir, de no haber sido por la guerra.

Pensó que los habitantes de Kosol merecían la paz y la reconstrucción. Eran como él, aunque unos centímetros más bajos de estatura. Seres enteramente humanos, llenos de afecto y simpatía, como Nagal, que adoraba a los terrestres, a los que consideraba como pequeños dioses venidos de lejanas estrellas para salvarles del

exterminio.

Este pensamiento, expuesto ingenuamente por Nagal, caló hondo en los sentimientos de Flavia Konstant, la cual esgrimió el argumento para convencer a Dickery de que en aquella situación podía estar la mano del destino.

«—Estoy convencida de que hemos venido aquí a impedir que esta raza magnífica desaparezca, capitán Dickery —había dicho Flavia.

Y ahora, aguardando su mensaje en la noche, Dickery pensó en ello, preguntándose:

»—¿Por qué no, Dios? ¿Por qué no?

* * *

Nagal no volvió sola. La acompañaban dos seres asustados. Uno era su esposo, Pruma, casi un palmo más alto que ella, enteramente cubierto su rostro de cabellos que le caían en la cabeza en desordenada y leonina melena. El otro era una mujer muy joven, casi una niña, que ni siquiera llevaba casco protector, como Nagal.

—Este es Pruma y ella es Takli, la nueva esposa de Pruma —dijo Nagal, con alegre entonación—. Se han sorprendido mucho al verme. Me creían en el fondo del inmenso «fresmo».

—¿Te han quitado a tus hijos?

—No. Los cuida Takli, que es un poco mayor que mi hijo Daren. No importa, Tomas. Has venido tú y ellos quieren conocerte —Nagal se volvió a sus medrosos compañeros y les habló en su lengua, diciéndoles —: Es el capitán Dickery, nuestro amigo. Debéis besar sus pies o darle vuestra mano.

—¿No nos la quitará? —preguntó Pruma, que empuñaba su rifle de rayos electrónicos.

—No tengas miedo.

Dickery estrechó la mano de Pruma y luego la de Takli, que temblaba violentamente.

—¿Tendrás que dejar a Pruma, Takli? —preguntó Dickery.

—Ya no puedo hacerlo, hombre de las estrellas —replicó la muchacha—. Mi madre me dio a Pruma… Él tendrá dos esposas ahora… No importa Takli es la segunda y callará cuando hable Nagal. Son leyes impuestas por los ancianos de la Hermandad de Supervivencia, aunque sé que mis «naake» ya no serán nunca soldados.

—Puedes equivocarte, Takli —respondió Dickery—. Yo puedo

buscar la paz.

—¿La paz? ¡Nadie te entenderá! Esa palabra que te ha enseñado Nagal no tiene sentido. Los «Urpos» no escuchan nuestro lenguaje. Vienen, matan y se destruyen. Luego vienen más. Eso es lo único que sabemos. Y poco a poco, nosotros quedamos menos.

»Mi padre murió en la última guerra. Los «Urpos» vinieron esta vez moviéndose sobre una rueda. Nos lo dijo un hermano de mi padre. Llevaban sus armas en lo alto, girando. Se acercaron a la línea donde estaban los nuestros ocultos…

—Conozco esa lucha, Takli. Pude observarla desde el cielo.

La presencia de Dickery era impresionante. Pero sus palabras lo fueron mucho más.

—¿Viste la lucha, dios capitán? —preguntó Pruma, atónito.

—Sí —dijo Nagal—. Yo he visto la ventana mágica que vigila nuestro mundo. Te repito que he visto su nave volante.

—¿Vuela como las aves que trajeron la destrucción de Kosol?

—Tú no las viste, Pruma —dijo Nagal.

—Me lo contó mi padre, a quien se lo había contado el suyo… Uno de mis abuelos estuvo en la Hermandad de la Guerra. Así se llamaba entonces.

—Eso son historias, Pruma. Ahora, debemos ir a buscar a los ancianos de la Hermandad y decirles que el capitán Dickery desea verlos. No perdamos el tiempo con historias que de nada sirven.

—Sí, Nagal… Me alegro que todo sea cierto… ¿Y vuela este objeto extraño?

Pruma se acercó a la nave auxiliar y se retiró el cabello de los ojos para poderla ver mejor a la luz de la lámpara que había encendido Tomas.

—Sí, pero la otra es mucho más grande… Es una gran casa volante. Iban con él y la doctora Flavia muchos semejantes suyos que murieron en el viaje. Tomas quiere que algunos de nosotros le acompañemos a su mundo, que es igual que el nuestro… Y como mis hijos ya tienen madre, yo quiero ir con ellos.

—¡Tú cuidarás a tus hijos y Takli cuidará los que tenga! ¡Takli puede morir al nacer alguno de sus hijos!

Dickery observó que Nagal bajaba la mirada al suelo y decía, tristemente:

—En el mundo de la doctora Flavia, cada hombre tiene su propia mujer. Ellos se eligen y se unen por voluntad propia, para formar su

familia. No es como aquí.

Comprendiendo los sentimientos de Nagal, Dickery la tomó del brazo y dijo:

—No estés triste por haber perdido a tu esposo, Nagal. Presiento que pronto volverá la paz y entonces todo será diferente.

—¿Cómo es la paz, capitán Dickery? —preguntó Nagal.

—En la paz no hay enemigos. No se lucha. Se trabaja para vivir bien. Se construyen edificios, naves para viajar por todas partes, se estudia y las personas se divierten. Se ríe y se es feliz.

—Me gustaría ver la paz, Tomas. Pero también me gustaría irme contigo. Tu persona y la de la doctora Flavia huele mejor que la persona de Pruma.

Dickery sonrió y cambió de tema.

—Bueno, debes ir a buscar a los ancianos de la Hermandad. Si no os importa, me gustaría ver vuestro refugio.

—No debes entrar allí, señor dios —habló Takli, asustada—. Está muy oscuro y los niños duermen.

—No les haré daño. Puedo ver en la oscuridad. Incluso sin esta lámpara eléctrica, colocándome una pantalla roja sobre los ojos, puedo ver en las sombras. Fue así como me llevé a Nagal.

—¿Por qué te llevaste a Nagal? —preguntó Pruma, con mente simple.

—Necesitaba a alguien para aprender vuestra lengua.

—¿No pudiste llevarme a mí?

—No. Encontré primero a ella.

—Nagal era más bonita antes de tener los niños —pareció lamentarse Pruma—. Por eso me gusta ahora más Takli. Cuando yo muera en la guerra, ella tendrá un casco como el de Nagal y se sentirá orgullosa de mí.

Dickery empezaba a darse cuenta de la sicología reinante en Kosol. Todo se amoldaba a la circunstancia de la guerra. Los hombres nacían y eran destinados a la guerra. Las mujeres debían tener muchos hijos, también para la guerra. Luego supo que cuando una mujer resultaba estéril se la arrojaba al fondo del «fresmo», para que se ahogara; En Kosol no se podían alimentar seres que no servían para la guerra de un modo u otro.

* * *

Nagal y Pruma se habían ido.

Dickery siguió a Takli hasta las ruinas donde tenían su refugio. La mujer entró fácilmente, apoyándose en las piedras fijas, estuvo a punto de caer en un agujero, pese a la luz que llevaba consigo. La joven le sujetó de un brazo, diciendo:

—Hubo escalera… Ahora sólo queda el esqueleto… Éstos son los peldaños.

—¿Tan empinados?

—Abajo es llano —respondió Takli.

Del agujero surgía un hedor a humanidad que hizo pensar a Dickery en renunciar a la visita. Sin embargo, pensó que si Takli podía resistirlo sin morir, él también podría.

Y, efectivamente, era tan profundo el olor que pronto se acostumbró a él. También logró descender hasta un corredor, que parecía hecho a golpes de azada en la tierra arcillosa. Luego, entraron en la cueva, donde dormían los niños de Nagal, tendidos sobre pieles que pertenecían a unos animales domésticos conservados en establos dentro de los refugios de las montañas, y de los que se alimentaban.

—¿No sabéis hacer ropas como nosotros? —preguntó Dickery.

—No. Sólo sabemos hacer armas para la guerra —contestó la muchacha—. Yo trabajo ocho días seguidos en la fábrica de armas. Sólo duermo unas horas. Me dan leche y carne. Luego descanso tres veces ocho días. Pero nos han dicho que hemos de trabajar más tiempo.

—¿Y qué es lo que hacéis?

—Bobinas para acumular el rayo destructor de células «urpas». Siempre hago la misma labor.

—Es mejor que salgamos —dijo Dickery, volviéndose hacia la salida.

—¿No quieres descansar y comer algo? —preguntó Takli.

—Tengo mucho calor. Prefiero salir… Que duerman los niños.

Una vez en el exterior, Dickery respiró aliviado. Takli se sentó junto a él y se quedó mirando fijamente la luz que él empuñaba.

—Esa luz no destruye nada. Y no parpadea.

—Esta lámpara es para alumbrarme. Para defenderme utilizo este aparato que llevo en la funda, colgada del pecho —Dickery señaló la pistola paralizante que llevaba colgada al cuello, y que podía manejar sin siquiera extraer de su funda protectora— ¿Qué piensas de mí, Takli?

—No sé si eres un hombre o un dios de las estrellas.

—Soy un hombre.

—Yo soy una mujer… La segunda mujer de Pruma. He sido feliz mientras creíamos que Nagal no vivía. Ahora quisiera irme contigo en tu casa volante. En Kosol hay mucho odio.

¡Odio!

Era la primera vez que Dickery escuchaba esta palabra y comprendió inmediatamente su exacto significado. Odio. La guerra era odio. Si se respetaban ciertas leyes, la causa era el odio. Después de todo, en Kosol se vivía por instinto de conservación, para sobrevivir. Todo lo demás era un lento morir… ¡un morir cierto!

—¿Qué sabes del origen de esta guerra, Takli?

—Nada… No sé nada… Sé que existe desde hace muchos años… ¡Mucho antes de que yo naciera! ¡Mis abuelos ya fueron a la guerra! Siempre es lo mismo. Se van muchos hombres y no vuelven todos. También nuestros hijos habrán de ir. No volverán. Si volvieran muchas veces y se hicieran viejos, serían ancianos de la Hermandad. Ellos sí conocen el origen de la guerra. Tienen tablas de metal escritas con signos que sólo ellos interpretan. Allí se dice cómo empezó el universo… Eso me han dicho. Yo no lo sé.

—Quisiera que los ancianos me leyeran esas tablas.

—Tal vez te las lean, señor dios. Tú no eres como la pobre Takli… Yo no soy nadie. Estuve con mi madre y mis doce hermanos. No conocí a mi padre. Pero mis hermanos no me quieren. Ellos no pueden tocarme. Si lo hicieran mi madre los castigaría. Sólo puede tocarme Pruma… Y tú, si lo deseas, señor dios.

Dickery se puso rápidamente en pie, apartándose de Takli. Tropezó, en su precipitación, y cayó entre las ruinas. Ella se inclinó para ayudarle a levantarse.

—Tengo pena, señor dios. Parece que no te soy grata y no querrás llevarme contigo.

—No, por Dios; no es eso, Takli —se disculpó Dickery, dolorido, mientras ella le devolvía la linterna—. Soy de otra raza.

—¿Perteneces a la mujer que te espera en tu casa volante?

Dickery volvió a estremecerse. El simple pensamiento de Takli, sencillo como la ley de Kosol, le turbó. Flavia Konstant era una mujer que había permanecido a su lado seiscientos años, sin hablarle, apenas. Sólo últimamente ella se rebeló, queriendo vivir.

Ahora que se enfrentaba a una vida distinta a la suya, primaria y ancestral, el choque emocional tenía que afectarle. Dickery sabía

comprender. Antes de emprender el prolongado viaje, cuyo fin, posiblemente, no se alcanzaría nunca, se discutió una forma de tripulación hereditaria, en vez de recurrir al artificio de la hibernación. Se había pensado en cuarenta y cinco matrimonios jóvenes para tripular la «Sparta». En pocos años, la tripulación habría aumentado considerablemente. Y podía llegar el momento en que ni tuvieran alimentos para todos, ni siquiera hubiese espacio a bordo para albergarse.

Se desechó la idea y se recurrió a la hibernación. Todos los tripulantes formarían reducidos grupos de guardia permanente. Luego, la doctora Konstant y el fallecido biólogo Heinz Gerstwort, se cuidarían de la hibernación periódica de todos.

Pero algo falló… ¡Todo había fallado!

Y, por vez primera, Tomas Dickery pensó en Flavia Konstant desde un punto de vista sexual. ¡Lo que había dicho Takli no era ningún disparate, después de todo!

¿No era mejor la continuidad familiar que la hibernación? Él tenía treinta y cuatro años efectivos y Flavia debía de tener veintisiete o veintiocho. ¿Por qué no pedirle si se quería casar con él? ¿No podría crear su propia familia-tripulación?

—Quédate aquí, Takli. Quiero hablar por radio con la doctora Konstant. Acabas de darme una brillante idea.

—Pruma dijo que te hiciera compañía. Los niños duermen. Iré contigo.

—Está bien, Takli. Ven, si es tu deseo. No entenderás nada.

—¿Qué has de hacer?

—Hablar por radio…

* * *

—«Pek-8» llamando a «Sparta»… ¿Me oye, doctora Konstant?

—A la escucha, señor. ¿Ocurre algo?

—No se alarme. Estoy esperando ser recibido por los miembros de la Hermandad de Supervivencia. Creo que son unos ancianos muy despiertos, y en cuyo poder se encuentra la historia de esta prolongada guerra. Ha sido hablando con una pequeña nativa… La sustituta de Nagal en el tálamo nupcial, cuando se me ha ocurrido llamarla a usted para pedirle que se case conmigo.

—¿Cómo dice?

—Tal vez usted me considere demasiado viejo para pedir su mano, Flavia. Pero si nos casamos, no sería necesario volver a la cámara de hibernación. Sospecho que puede existir una prolongación de nosotros mismos en el futuro, para seguir pilotando la «Sparta».

—¿Está usted loco, capitán Dickery? ¡Primero, es un disparate! Y si no lo fuese, existe la dificultad de la consanguinidad.

—Se equivoca. Varios niños de Kosol podrían acompañarnos.

—A la cuarta o quinta generación todos serían parientes.

—No, forzosamente, Flavia —replicó Dickery—. Algo sé de ello.

—Yo soy doctora… ¡Además, me desagrada usted! ¿Ignora acaso que jamás me ha sido simpático?

—Pues si no le soy simpático, peor para usted. Puedo obligarla a que se case conmigo.

—¡Antes le mato, capitán Dickery! ¡Y corto esta estúpida conversación! ¡Guárdese de decirme algo al respecto cuando regrese a bordo!

Dickery se mordió los labios y cortó la comunicación.

CAPÍTULO V

De pronto, centenares de individuos cubiertos de largos cabellos y vestidos con pieles hediondas, que llevaban sus extraños rifles electrónicos, aparecieron por todas partes. Sus gritos llenaron el aire gris del amanecer en Kosol.

Takli, que había estado sentada a los pies de Dickery, junto a la portezuela de la nave auxiliar, se incorporó de un salto, situándose delante del astronauta terrestre, como si quisiera protegerle con su pequeña figura.

Sin embargo, los guerreros «kosol» no tenían intenciones dañinas. Se limitaron a rodear la nave auxiliar, permaneciendo a unos veinte metros de distancia.

— ¡No disparéis vuestras armas contra el dios de las estrellas! —había gritado Takli—. Él es amigo nuestro.

Los hombres de Kosol no dispararon. Hubieron muchos que se apartaron los cabellos del rostro, para poder ver mejor al extranjero. La curiosidad era latente y general.

Luego, se oyeron voces y el círculo se abrió, para dar paso a varios hombres, de largos cabellos blancos que les llegaban casi a la cintura. Todos iban provistos de cascos, iguales que los de las mujeres de Kosol. Y con aquel grupo de ancianos —seis en total—, venía también Nagal.

La mujer se acercó y sonrió, alzando su mano derecha, en señal de paz.

—El anciano Eikon no creía en mis palabras, hermano Dickery —habló Nagal—. Ha reunido a su guardia para venir a verte.

—No debéis temer nada de mí, hombres de Kosol —habló Tomas, en el lenguaje de aquellos seres—. Podéis considerarme un amigo.

El que parecía más anciano avanzó unos cansados pasos, apartándose los cabellos de la cara. Tenía el rostro marchito y parecía contar más de cien años.

Miró a Dickery y luego examinó la pequeña nave espacial. Takli se había apartado respetuosamente de Dickery.

—Soy Eikon —dijo el anciano, con voz cansada—. No quiero creer lo que dice Nagal. Yo no puedo creer en seres iguales a nosotros que vivan en las lejanas estrellas.

—Tienes que creerlo, hermano Eikon —replicó Dickery, sonriendo.

—No tengo ninguna prueba. Más bien supongo que eres un constructor de «Urpos», enemigo nuestro.

—No, desecha ese pensamiento, hermano Eikon —contestó Dickery.

—Hablas nuestro lenguaje con deficiencia, como «Ellos».

—¿A quién te refieres?

—Si no sabes, en verdad, quiénes son ellos, no puedes ser de «Ellos». Pero puedes estar fingiendo ignorancia. Tal vez has venido a espiar, a saber cuántos quedamos, a traicionarnos…

—No, soy amigo.

—¿Puedes demostrarlo?

—Puedo hablar con vosotros y luego buscar el modo de ayudaros. Me animan deseos pacíficos y amistosos.

—En Kosol estamos muy necesitados de ayuda. ¿De dónde vienes?

Dickery señaló el cielo.

—De un mundo distante, donde los hombres viven en paz y no luchan entre sí.

—Nosotros también vivíamos en paz hace mucho tiempo. Yo no he conocido la paz, pero conservamos testimonios de lejanos tiempos.

—¿Y cómo fue que estalló la guerra?

—¡Ah, eso nadie lo sabe! Kosol era un gran pueblo, una enorme ciudad, con muchos habitantes. Entonces gobernaba un rey, llamado Volko. Una noche murió. Se dijo que le habían matado sus mismos ministros. Se acusó a un hombre llamado Radis, al que se quiso matar, en justicia, acusado de haber dado muerte al rey Volko.

»Puede que las tablas no sean ciertas. Pudieron escribirlas los mismos asesinos del rey, para que nadie les pudiera acusar. Eso está escrito, pero la verdad, repito, no se sabe. Nosotros hemos querido reconstruir los hechos muchas veces, pero ni siquiera existe el palacio de Volko… ¡Son muchos los años transcurridos y la historia se ha

perdido con el tiempo!

—La guerra, en cambio, continúa —dijo Dickery.

—Sí, la guerra continúa. El Ministro Radis escapó a la justicia de los acusadores. Se fue más allá de las montañas. Se envió a hombres de caza a buscarle, y no lo encontraron. Se cree que se le encontró y Radis convenció a los hombres de caza de su inocencia. Aquellos hombres volvieron, reclutaron nuevos hombres, y se quiso capturar al nuevo rey Takmon. Así empezó la guerra. Se luchó primero lejos de Kosol, en las tierras salvajes de los animales.

«Después aparecieron los «Urpos».

—¿Quiénes son exactamente los «Urpos»? —quiso saber Dickery.

—Los soldados que construyen nuestros enemigos. Ellos son menos que nosotros. Los hijos de Radis eran pocos e ignoramos dónde se encuentran ahora. Sin embargo, sabemos que son muy buenos técnicos y saben construir soldados de metal. Si lucharan ellos, ya los habríamos vencido. Pero no saben luchar, sino construir «Urpos». Y por eso nos están venciendo poco a poco.

»Ellos no pierden un solo hombre. Lanzan sus «Urpos» y nos van diezmando. Cada vez vienen en mayor número, y cada vez atacan más cerca de nuestra ciudad en ruinas. Nuestras bajas aumentan cada vez más. De este modo, al fin, terminarán con nosotros.

—¿No habéis intentado nunca conferenciar con el enemigo?

—No. Ni siquiera sabemos dónde tienen sus fábricas de soldados. Sólo sabemos cuándo vienen. En las montañas tenemos centinelas que nos avisan. Antes de la lucha, hemos preparado nuestras defensas. Hemos de cambiarlas después de cada lucha. Los soldados regresan y las mujeres van y trabajan, practicando trampas eléctricas, agujeros para los soldados, minas y galerías.

—Una táctica defensiva —dijo Dickery—. ¿No habéis pensado nunca en atacar, como hacen ellos?

—No —habló otro de los ancianos, situándose junto a Eikon—. Eso sería sacrificar más hombres y precipitar nuestro fin.

—¿Por qué?

—Los que atacan siempre son vencidos. Si nosotros atacásemos, nos vencerían antes. No debemos atacar, sino defendernos. «Ellos» siempre mueren todos.

—¡Mueren las máquinas que construyen para la guerra! —replicó Dickery—. Pero no sacrifican hombres, como vosotros. ¿Por qué no hacéis también máquinas?

El anciano movió negativamente la cabeza.

—Las máquinas siempre pierden la lucha. No tienen conocimiento.

—Pero, a la larga, seréis vosotros los vencidos.

—Aceptaremos nuestro destino. Nosotros no podemos cambiar el orden de las cosas. Nacimos así y así hemos de morir.

—¿Y por qué aceptáis esa fatalidad?

—Es inexorable.

—¡No! —gritó Dickery, empezando a perder la calma— ¡Ese fatalismo os lleva a vivir en medio de la miseria y las privaciones; os lleva a morir lentamente, a sacrificar lo mejor de vosotros, al hundimiento total!

—Puede ser que fuésemos injustos con el Ministro Radis y ese sea el castigo que merecemos, —afirmó Eikon, solemnemente.

—¡Pero si ninguno de vosotros vivía en aquellos tiempos!

—Vivían nuestros antepasados. El Rey Takmon nos ordenó luchar hasta exterminar a Radis.

—¿Cuánto tiempo hace que murieron Takmon y Radis?

—Muchísimo tiempo. Pero la lucha es la misma. «Ellos» signen atacando. Nosotros seguimos defendiéndonos. Y así será hasta el final. Esta guerra es definitiva. O mueren ellos y dejan de atacarnos o morimos nosotros.

—¡Es lo más absurdo que he oído en mi vida! —exclamó Dickery, atónito—. ¡No puedo concebir tal situación! En primer lugar, porque una guerra no puede durar tanto tiempo. Y en segundo, porque los causantes ya han fallecido. ¿Qué necesidad tenéis vosotros de pagar las culpas de lo que hicieron vuestros antepasados?

—Somos sus descendientes. Es nuestro deber.

—¡No, esta guerra ha de terminar! ¡Todos quieren ver el fin!

—Nuestros hijos no quieren morir. Lo sabemos —habló otro de los ancianos, con voz grave—. Pero la conciencia «kosol» nos obliga a luchar. Nosotros no atacamos, sólo nos defendemos.

—¿Queréis que hable yo con el otro bando y trate de hallar una solución al problema? —propuso Dickery.

—Eso es lo que nos ha dicho Nagal —dijo Eikon—. Es imposible. En primer lugar, dudamos que no seas uno de ellos.

—¡Os juro por la memoria de mis antepasados, que no soy un descendiente del Ministro Radis! ¿Os basta mi juramento?

Los ancianos parecieron consultarse con las miradas, a través de los

pelos que caían como blancos mantos de sus venerables cabezas.

—Un «kosol» no mentiría por la memoria de sus antepasados —dijo, al fin, Eikon—. Eso podemos aceptarlo.

—¡Él puede ayudarnos a destruir a «Ellos»! —habló otro anciano—. Dice Nagal que ha viajado por el cielo con esa máquina y que puede volar sobre las montañas, como hicieron las aves explosivas que destruyeron Kosol.

—Yo no ayudaré a nadie a prolongar la guerra, y menos me inclinaré a favor de nadie —contestó Dickery, secamente—. He propuesto únicamente mi mediación para encontrar la paz y terminar la guerra.

—Si los descendientes de Radis no desaparecen de Kosol, la guerra no terminará nunca.

—¡Vosotros sabéis que terminará cuando no quede ninguno de vosotros con vida!

—Sí, entonces terminará —replicó Eikon.

—¿Y por qué habéis de desaparecer? ¿Por qué no intentar la reconciliación? Yo puedo seguir el rastro dejado por los «Urpos» y llegar hasta donde se encuentran los descendientes de Radis. Puedo decirles quién soy y lo que quiero.

—Hay más —añadió Eikon—. «Ellos» tampoco querrán la paz.

—Lo importante es que la quiera alguien. Todo el que desee vivir en paz, tiene derecho a que termine la guerra. Si vosotros, los miembros de la Hermandad de Supervivencia, queréis continuar, empuñar las armas que dejasteis en vuestra juventud, e id a morir por vuestros antepasados… Pero mirad a esas mujeres… ¡Nagal quiere la paz! ¡Takli también quiere la paz! ¡Y todos quieren la paz! ¡Preguntadles a ellos! ¿Es cierto que no queréis luchar más? ¡Responded vosotros! ¡Decidlo en voz alta y que los ancianos os escuchen! ¡Decidles que si ellos no quieren terminar la guerra, volveréis vuestras armas contra ellos!

Un clamor amenazador se elevó entre los hombres del círculo armado.

Eiken se volvió y exclamó:

—¡Callad todos! ¡Vuestra herencia es la obediencia a los más sabios!

—Sí, somos los más sabios —añadió otro anciano—. Hemos sobrevivido a muchos combates, por eso sabemos más que vosotros acerca de la guerra.

—¿No será que habéis sobrevivido por ser más cobardes que los soldados muertos? —preguntó un soldado joven—. ¡Yo he peleado tres

veces contra los «Urpos» y he visto correr a muchos de mis compañeros, locos de miedo!

—¿Qué dices tú? ¿Quién eres? —gritó Eikon.

—¡Calma! —intervino Dickery—. ¡No debéis discutir! Hasta ahora, los jóvenes os han obedecido y han ido a ofrecer sus vidas en defensa de todos vosotros. Pero yo os propongo un medio para terminar la guerra y poder reconstruir vuestra ciudad y vivir en ella como seres humanos que sois.

»Yo también tengo experiencia de las guerras que asolaron nuestro mundo, hace siglos. Al fin se terminaron. Se impuso una ley general y desde aquel momento, todos los pueblos vivieron en paz, dedicados al progreso.

»A vosotros, los ancianos de la Hermandad de Supervivencia, os digo que lucháis por una causa injusta. Los que promovieron la guerra, han desaparecido. ¿Por qué sacrificar a toda una raza en aras de un odio que debería haber sido convertido en amor?

»Dejadme que vaya y hable con «Ellos». Estoy seguro de encontrar una fórmula de paz.

—¡Que vaya el dios de las estrellas! —gritó Takli, llena de entusiasmo.

—Sí, que vaya… ¡Que vaya a ver a «Ellos»!

El clamor de los hombres de Kosol, pidiendo que Dickery intermediara en su conflicto, hizo estremecer a los ancianos, quienes veían perdida ya su ascendencia sobre los cansados guerreros.

—Iré… Permitidme que Nagal venga conmigo. Su dominio de mi lenguaje me será útil.

Eikon, como si quisiera verse libre de la presencia de Dickery, se abrió de brazos, con impotencia, y dijo:

—Ve, pues. Que te acompañe Nagal, si lo crees Luego, estudiaremos la cuestión. Pero estoy seguro conveniente. Nosotros aguardaremos tu respuesta, que vas a perder el tiempo.

—Si «Ellos» no quisieran escucharme, dispongo de medios suficientes para hacerles entrar en razón —contestó Tomas Dickery, seguro de sí mismo.

—¿Qué medios son ésos? ¿Tus armas?

—Sí.

—Más te valiera dejárnoslas y ponerte a nuestro lado. Venceríamos a «Ellos» y volvería la paz —dijo Eikon—. Así demostrarías la sinceridad de tus palabras.

—No es justo —contestó Dickery, asombrado de la simplicidad mental de aquel juicio.

—¿Y te parece más justo enfrentarnos a nuestros hijos, inducirles a la rebelión, empeorando las cosas, sembrar la desunión entre nosotros y permitir así que «Ellos» nos venzan con más facilidad?

—No es ése mi propósito, en verdad. Quiero la paz, el entendimiento entre vosotros y vuestros enemigos.

— ¡Pues vete y quieran tus dioses que no lo consigas, para que nuestros hijos se vean obligados a luchar como guerreros y no nos acusen de haber alcanzado la ancianidad por medio de la cobardía!

* * *

—¡No me casaré jamás con usted! ¿Me ha entendido bien? —fue lo primero que gritó Flavia al enfrentarse a Tomas Dickery, cuando éste y Nagal descendieron de la pequeña nave auxiliar, en el interior de la «Sparta».

—La idea no es un disparate, Flavia —contestó él, sonriendo—, Pero dejemos eso ahora. Tenemos algo más importante que hacer.

—¿Más importante? —gritó Flavia, descompuesta—. ¡No tiene usted derecho a tratarme de ese modo! ¡Yo no soy su juguete! ¡Admito que las circunstancias me han convertido, desgraciadamente para mí, en su única subordinado; pero quítese la idea de cabeza! ¡No me casaré con usted, ni permitiré que me toque un solo cabello!

Nagal estaba perpleja, a un lado, escuchando a Flavia y no comprendiendo nada de cuanto ésta decía de modo tan airado. Por el contrario, Tomas Dickery sonreía plantado en jarras delante de la doctora.

—Se me ocurrió esa posibilidad hablando con la mujer que ha sustituido a Nagal. En Kosol, si una mujer muere, se la reemplaza en seguida por otra. Es ley de supervivencia.

—¿Y se propone usted sobrevivir a costa mía?

—¿Por qué no?

—¡Porque le aborrezco a usted, Dickery! —estalló ella.

—Vamos, vamos, doctora Konstant. Hasta Nagal comprendería mi postura. Nosotros pertenecemos a la misma raza, somos varón y hembra, estamos solos en medio del cosmos…

—¡No! —chilló Flavia, casi histérica—. Para yo aceptar eso, tendría que estar enamorada de usted. O, al menos, sentir cierta simpatía o

atracción hacia usted… ¡Y lo que siento es…!

—¡Por favor, no lo diga! —atajó Dickery, acercándose a ella y poniendo los dedos sobre sus labios—. Puede cambiar de opinión cualquier día y entonces se sentiría avergonzada de lo que ahora haya dicho.

—¡Jamás cambiaré de opinión respecto a usted!

—Bien. Olvídelo… Vamos al puente, Nagal. Hemos de descender con la «Sparta» a cien kilómetros de la superficie del planeta. Efectuaremos órbitas y registráremos todo el suelo por medio de ondas magnéticas del tipo «Sonda-12», hasta localizar el lugar donde los descendientes de Radis tienen su refugio. No creo que estén viviendo en la superficie del planeta. Sospecho que todas sus instalaciones son subterráneas.

—¿Qué han acordado?

Flavia parecía dirigirse a Nagal, pero como ésta respondiera negativamente con la cabeza, como si no comprendiera, se encaró con Dickery.

—A los ancianos de la Hermandad de Supervivencia no les ha hecho gracia nuestra intromisión.

Primero creyeron que éramos algún truco de sus enemigos. Traté de disuadirlos y conseguí cierto apoyo por parte de la gente joven, que no quieren más guerra.

»Ahora se trata de localizar a los fabricantes de «Urpos», hablar con ellos y convencerlos de la necesidad de celebrar conversaciones de paz.

Flavia frunció el ceño.

—¿Vamos a conseguir algo?

—No lo sé… Escuche, doctora Konstant. Fue usted quien me metió en esto. De lo contrario, yo me .habría ido de aquí sin interferir en los asuntos de esta gente. ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Yo hubiese intentado averiguar quién tiene la razón en esta guerra y apoyar al justo.

—¡Usted es mujer y además, extraña, Flavia Konstant! —replicó Dickery—. No me complique más la vida. Se hará lo que yo disponga, por eso soy el jefe aquí. Y usted me obedecerá.

—Depende de lo que mande, señor.

Poco después, mientras se encontraban en el puente de mando, donde Dickery gobernaba la cosmonave, dirigiéndola hacia la superficie del planeta, Nagal se acercó a él y dijo, en su lengua nativa:

—«Flavia arka Tomas».

—¿Flavia me quiere? —se sorprendió Dickery.

—«Ke» —replicó Nagal, seriamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy mujer y entiendo a las mujeres.

—No, Nagal. Tú no entiendes a las mujeres de mi mundo. Su sicología es muy distinta a la tuya… ¡En la Tierra, si una mujer desea una cosa, empieza por decir que no lo quiere! Pero yo sé cómo tratar a Flavia. No te preocupes. Gracias, sin embargo, por tu ayuda.

—¿Será tu mujer?

—Sí, puedes estar segura.

Y, con expresión entristecida, Nagal fue a sentar ante la mesa trazadora.

CAPÍTULO VI

Dickery computó que la «Sonda-12» actuaba cada vez que pasaban sobre la vertical de una singular montaña rodeada de frondosa vegetación por una parte y el mar por otra. Altos acantilados se elevaban desde el lugar donde las olas rompían mansamente contra las rocas.

—El magnetismo aumenta cada vez que pasamos sobre esa montaña. Por lo tanto, hemos de suponer que ése es el lugar donde se refugian «Ellos» —dijo Dickery a Nagal y a Flavia—. Es un lugar ideal. La selva debe ocultar los caminos que utilizan para enviar a los «Urpos». Si se vieran hostigados por mar, pueden huir por tierra. Y si se les ataca por la selva, pueden disponer de embarcaciones.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Dickery? —preguntó Flavia.

—Nagal y yo vamos a descender entre los árboles. Nos abriremos paso a través del follaje y estableceremos contacto con esos individuos. Usted, mientras tanto, permanecerá en órbita de seguridad y no perderá el contacto con nosotros en ningún momento. Le iré dando instrucciones. Si corriéramos peligro grave, será conveniente que acuda en nuestro rescate. Pero, antes de que eso ocurra usted sabrá perfectamente lo que debe hacer, porque nuestro contacto será visual.

»Yo iré provisto de un foco visor oscilante. Usted estará en contacto continuo y podrá ver y oír todo lo que ocurra en derredor nuestro.

—Perfectamente, señor —replicó Flavia, secamente.

—Piense que, si me pierde, habrá de permanecer sola toda su vida —añadió Dickery.

—Puede que no sea mala idea, señor.

Dicho esto, Dickery y Nagal se dirigieron, ahora vestidos ambos con

buzos dorados, como los navegantes espaciales de la Tierra llevaban seis siglos atrás, hacia el hangar o cámara de acceso, donde estaban las tres pequeñas naves auxiliares. Flavia quedó en el puente de mando, sentada ante los controles.

Desde donde se encontraba sentada, a través de una pantalla auxiliar, Flavia pudo ver, por medio del foco visor que Dickery se había colgado al pecho, como su superior y Nagal subían a la «Pak-8» y la ponían en movimiento, acercándola a la salida del hangar.

También podía escuchar Flavia lo que hablaba su jefe con Nagal.

—Creo que te gusta estar entre nosotros, Nagal. ¿No piensas en tus hijos?

—Sí, pienso en ellos. Mucho, hermano Tomas. Sé que estoy haciendo esto por ellos —respondió la nativa de Kosol—. Si logramos la paz, mis hijos no morirán… ¡Y mis hijas podrán elegir a los esposos que amen, como hacéis vosotros!

—¡Vaya, es una buena razón! ¿No te importa si «Ellos» te capturan y te matan?

—No, hermano Tomas. En estos momentos, me siento tan importante como cuando pasé entre los guerreros para decir a Eikon que tú podías facilitarnos la paz.

—Cambiar el estado de cosas que dura tantos años no es fácil, Nagal —dijo Dickery, pilotando hábilmente la silenciosa nave espacial y dirigiéndola hacia la cima de la montaña que tenían debajo—. Sin embargo, hemos de confiar en la suerte. Puede que «Ellos» estén tan cansados de guerra como vosotros.

—«Ellos» no están cansados. Saben que ya nos quedan pocos guerreros. Dos o tres ataques más y nos eliminarán. Entonces serán los amos de Kosol. Son «Urpos» lo que sacrifican. Nosotros sacrificamos seres que cuestan muchos soles de criar y convertir en hombres.

—Te comprendo, Nagal… Voy a frenar. Sujétate a la barra.

Dickery deceleró y desvió la nave a menos de cincuenta metros de la cima de la montaña, para luego descender, entre elevadas crestas, hacia la frondosa selva verde que tenían abajo, detrás de las cumbres.

—Es raro que no veamos puestos de vigilancia. «Ellos» deben de vigilar cerca de las ruinas de Kosol como hacemos nosotros —observó Nagal.

—Sus puestos de vigilancia pueden estar muy bien disimulados. Presiento, sin embargo, que ya nos han visto.

La pequeña nave fue perdiendo velocidad hasta que alcanzó las

copas de los árboles, entre las que se introdujo, tronchando ramajes, para terminar posándose en el suelo, entre la tupida vegetación.

Cuando abrieron la compuerta y salieron, un ominoso silencio les envolvió. Nagal se acercó instintivamente a él, sujetándose a su brazo izquierdo.

—Nos observan, hermano Tomas. ¿Cómo salimos de aquí?

—Nos abriremos paso en esa dirección, hacia la montaña —dijo él —. Parece que las malezas son menos tupidas.

Había extraños arbustos de afiladas púas que pretendían aferrarse a sus ropas, sin éxito. La tela de tejido metálica era muy resistente y las púas se quebraban, sin engancharse. También llevaban guantes, con los que apartaban las ramas, caminando despacio.

Dickery iba delante, abriendo camino, seguido de Nagal. La nave espacial la dejaron atrás.

De aquel modo, caminaron durante media hora, siempre rodeados de frondosa vegetación y de ominoso silencio. Sin embargo, de pronto, se encontraron en una especie de túnel entre el follaje… ¡Y, delante y detrás de ellos, vieron a dos grupos de individuos, ataviados con ropajes verdes, empuñando extrañas armas!

—¡Vaya, ahí están! —exclamó Dickery—. Y parece que nos tienen rodeados.

Nagal se apretó contra Dickery, asustada.

—¡Nos van a matar!

—No temas. Déjalos que se acerquen. Ellos también están sorprendidos. Nos toman por seres extraños, llegados del cielo. No digas nada hasta que yo te avise.

Permanecieron inmóviles, mientras que los seres vestidos de verde, cuyas facciones eran extraordinariamente perfectas y bellas, se acercaban.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno, de pronto, alzando su arma hacia Dickery.

Su lengua era «kosol», pero pronto supo Dickery que difería algo en su estructura filológica a la de los moradores de Kosol.

—Venimos como mensajeros de paz —replicó Dickery—. No queremos causar ningún daño.

—¿Mensajeros de paz? ¿Qué es eso? ¡No os entiendo!

De pronto, Dickery se dio cuenta de que su interlocutor era una mujer. Percibió detalles en su silueta que así lo indicaban. Todos los seres que les rodeaban eran mujeres de facciones agradables, grandes

ojos y estatura algo más elevada que Nagal. Sus cabezas no iban rapadas y se cubrían con una especie de capuchas, que algunos llevaban a la espalda.

—Vengo de un lejano mundo llamado La Tierra. He viajado por el cosmos durante muchos siglos y el destino ha querido traernos aquí…

—¿Quién te ha enseñado esa lengua de Kosol antiguo? —preguntó la que parecía ser jefe del grupo.

—Esta mujer que me acompaña y que me sirve de intérprete.

—¿Es ella de Kosol?

—Sí. Por ella sé que estáis en guerra hace mucho tiempo. Y mi propósito, al venir aquí, es remediar esta situación.

Una amplia y desdeñosa sonrisa distendió las facciones de la mujer que hablaba, la cual se acercó, deteniéndose a pocos pasos de la pareja.

—¿De quién es esa idea? ¿Tuya, extranjero?

—Sí.

—¿En qué máquina voladora has venido?

—Fue construida por nuestros técnicos en La Tierra.

—¿No la han hecho los trogloditas de Kosol?

—No. Te repito que soy sólo un mensajero de paz.

—¡Eres un «kerre»! —exclamó la mujer, que no aparentaba más de veinte años.

Dickery se volvió a Nagal, preguntando:

—¿Qué ha querido decir?

Nagal se encogió de hombros, sin comprender.

—No lo sé.

—¡Vosotros decís que está chiflado! —repitió la mujer del uniforme verde—. Es una expresión nuestra. No queremos la paz. La guerra terminará pronto y nosotros seremos los vencedores. Pero os quitaremos todo lo que lleváis encima y nos quedaremos con vuestra máquina volante… ¡Prendedlos!

—Quietos —replicó Dickery—. No sabéis lo que estáis diciendo. No he venido a hablar con mujeres, sino con vuestros jefes. Y exijo, por vuestro bien, que me permitáis hacerlo.

—¡No aceptamos órdenes de nuestros enemigos! —contestó la mujer jefe.

—Oídme bien. Allá arriba espera una gran nave, cuyas armas pulverizarían esta montaña en un segundo. Hay alguien que escucha y ve lo que aquí sucede. No pretendo causaros daño alguno, sino

conversar con los descendientes de Radis. Aquí debéis tener un jefe supremo, un consejo o un rey. Pues con él quiero hablar y no con vosotras.

»Si no queréis hacerme caso, lo lamentaréis y no veréis terminada la guerra a vuestro favor, por muchos soldados metálicos que seáis capaces de construir.

—Tu hablar es insolente, extranjero. Con seguridad has hablado con la gente de Kosol y ellos te han enviado en contra nuestra.

—No. He sido yo quien ha querido venir, contra de los deseos de la Hermandad de Supervivencia, para terminar de una vez con la destrucción y la muerte en Kosol. Y exijo ver a vuestro jefe.

Hubieron cuchicheos entre las mujeres uniformadas. La que llevaba la voz cantante se volvió y gritó:

—¡Silencio! Yo sé lo que debo hacer… Está bien, extranjero. Te llevaremos a presencia de Al-Radis. Ella decidirá. Pero nos tenéis que entregar todas vuestras armas. No podéis llevar nada consigo.

—No llevo más que esta pistola paralizante, que os la puedo dejar, si os obstináis en ello. Pero no la emplearé.

—Dámela —exigió la mujer, alargando la mano.

Dickery se descolgó del cuello la funda de la pistola y se la dio.

—¿Y eso qué es?

—Mi escudo protector. En mi nave están viendo y oyendo lo que me ocurre, por si es necesario intervenir.

—¡Dámela también!

—No —dijo Dickery, resueltamente—. No es un arma.

—¡Exijo que me lo entregues! ¡No creo en tus palabras!

—Puedo demostrarte lo que digo. ¿Quieres oír la voz, en «kosol», de la mujer que está al cuidado de mi nave?

—Yo no sé dónde está tu nave. Has venido en una máquina voladora, que está en la selva. No hemos visto ninguna otra nave.

—Está muy alta. No la podéis ver. Pero os puedo dar una demostración de lo que podemos hacer. Atended… ¿Me oye bien, Flavia?

—Sí, señor —replicó la voz de Flavia, a través de foco-visor, que llevaba un dispositivo autoparlante.

—Quiero que lance usted tres proyectiles de sodio y los inflame en torno a la «Sparta», para que estas criaturas puedan verlo desde aquí.

—¿Qué controles son los que disparan el sodio?

—M-112, L-15 y Z-82. Púlselos por ese orden, registrando en control un triángulo equilátero.

—Comprendido, señor. A sus órdenes… ¡Y no se deje intimidar!

Esta conversación se había sostenido en español y las mujeres-soldados no pudieron entender nada. Dickery, añadió, en lengua «kosol»:

—Mirad hacia el cielo y veréis surgir tres nubes blancas que se incendiarán.

Entre las ramas de los árboles apenas si se distinguía el cielo. Pero habían lugares más despejados. Y pronto pudieron ver todos las tres explosiones de sodio en el cielo, formando un triángulo.

La consternación se apoderó entonces de todas las mujeres-soldados, cuya jefe se encaró con Dickery, diciendo:

—No sé qué poder es el tuyo, extranjero. Pero te llevaré a presencia de Al-Radis. Sígueme.

La tropa se puso en marcha, rodeándoles. Ya no quisieron quitarle el foco visor oscilante. Caminaron por aquella especie de túnel vegetal, hasta llegar a la entrada de una caverna, que estaba cerrada por una gran puerta metálica.

La jefe del grupo, cuyo nombre era Faida, como luego supo Dickery, llamó sobre una especie de ranura y un rectángulo se descorrió en la puerta, para franquearles el paso. Al atravesar aquella entrada, se encontraron en una amplísima galería, recubierta de metal, y de piso brillante, que estaba iluminada por lámparas ocultas y que difundían una luz casi natural. A ambos lados había largas filas de robots-soldados, exactamente iguales a los que Dickery vio luchando contra los guerreros de Kosol.

Y la fila de máquinas de guerra era interminable.

—¿Están preparados para la guerra? —preguntó a Faida.

—Sí. Pronto terminaremos con «Ellos». El próximo ataque será el definitivo.

—No habrá próximo ataque, si yo puedo impedirlo.

—Al-Radis no se dejará convencer por nubes de humo blanco.

—Tengo también bombas de nubes radioactivas que no dejarían con vida a nadie en este lugar.

—Esto es «Groom-Radis», o sea la ciudad subterránea de Radis —dijo Faida—. Y es mucho más grande de lo que parece. Habernos aquí más de cien mil personas.

—¿Y los hombres?

—Están en las fábricas, trabajando. Nosotras formamos parte de la milicia de vigilancia.

—Entiendo.

Pronto se dio cuenta Dickery que la montaña debía estar completamente minada. Penetraron en corredores deslizantes. Cruzaron enormes salas, cuyas paredes parecían colmenas, todas exactamente iguales, en donde vivían aquellos seres-soldados.

También en «Groom-Radis» existía una ley de supervivencia muy especial. Las mujeres solteras hacían la vigilancia interior y exterior. Las casadas estaban con sus maridos en las fábricas de los pisos inferiores, construyendo armas y robots-soldados. Los hijos que tenían eran educados en escuelas, para que fueran buenas soldados o buenos técnicos.

Pero lo singular allí era el sistema de gobierno, como supo Dickery antes de llegar al Gran Refugio Real, donde reinaba, como soberana absoluta, una descendiente directa del Primer Monarca Radis.

Sesenta y tres reyes y reinas habían gobernado «Groom-Radis», desde que el primer Radis se refugiase allí, siglos atrás. Desde entonces, la sucesión continuaba, de padres a hijos, por un sistema complicado de selección familiar. El padre de la actual reina, por ejemplo, había tenido doce hijos, entre varones y hembras. Sin embargo, la elección de sucesora recayó en la pequeña Al-Radis, cuyo coeficiente mental y físico era muy superior al de sus hermanos. Así, los príncipes fueron enviados a los laboratorios y fábricas como ciudadanos corrientes, mientras que la elegida era coronada y todos sus súbditos le juraban obediencia.

Faida tuvo ocasión, incluso, mientras esperaban en las antesalas del fabuloso palacio real, de explicar muchas cosas a Dickery, hasta que, al fin, los auxiliares de la joven reina, concedieron el permiso para que Tomas Dickery únicamente, pasara a la cámara real o salón del trono.

Nagal hubo de quedarse en una de las antesalas, custodiada por la guardia de Faida.

* * *

Primero había un ancho pasadizo de piso rodante, cuyos muros tenían troneras y estaban vigilados por armas electrónicas. Después hubieron de situarse en una plataforma giratoria que les pasó sobre una cámara circular. Arriba había pasillos entrecruzados y unas grandes lámparas que, de haberse encendido, cualquier intruso sorprendido allí

habría quedado súbitamente ciego.

Y, por último, había tres puertas custodiadas por mujeres que se habrían dejado matar antes de poner en peligro la vida de su joven reina.

Dickery sentía curiosidad por conocer a Al-Radis, de quien le habían dicho que esperaban todos la victoria final, porque los descendientes de Radis eran místicos y tenían supersticiones y premoniciones espirituales de origen pagano y esotérico…

Sabía que un rey de «Groom-Radis» carecía de consejeros. Sus órdenes se cumplían sin vacilar. Era el Sumo Poder, la Autoridad Máxima. Y para ello se había educado desde su nacimiento, después de comprobar que entre los descendientes del rey, ya difunto, Al-Radis era la más inteligente. Así elegida futura reina, se la educó adecuadamente y, al morir su padre, ocupó el trono.

Faida había dicho a Dickery que Al-Radis llevaba gobernando muy poco tiempo y que el día de su coronación, los magos habían predicho la victoria durante su reinado. Por ello, Al-Radis era más venerada que les anteriores descendientes del Rey Radis.

Al fin, la última puerta se abrió y Dickery se encontró ante un inmenso salón, donde crecían plantas de singular belleza, al fondo del cual estaba sentada la reina. Hubo de caminar varios minutos para llegar hasta ella, y su estupor fue entonces enorme, al verse ante una jovencita, casi una niña, que vestía un sencillo uniforme verde y tenía un arma electrónica sobre las rodillas.

Al-Radis era rubia, llevaba el cabello corto y la capucha a la espalda. Se levantó cuando Dickery estuvo cerca de ella y habló, con voz clara:

—Bienvenido al Santuario del Gran Refugio, extranjero. Me han dicho que traes un mensaje de paz. ¡Habla!

Dickery no pudo hablar. Estaba como alelado, contemplando la sencillez y la gracia de la muchacha reina, quien no parecía ni asombrada de tener a un extranjero delante, ni sentirse cohibida ante un hombre.

—Me han informado de ti. Sé que te llamas Tomas Dickery, que has viajado por el cielo muchísimo tiempo, dormido y sin morir, y que has estado con los ancianos de Kosol, a los que mi padre me ordenó destruir. No quiso saber, pues, nada de paz con ellos.

Dickery reaccionó súbitamente.

—Perdonadme, Majestad. Me habéis sorprendido mucho.

—Te ruego que dejes los formulismos a un lado. Soy una muchacha,

nacida en un mundo extraño para ti. Quiero saber cosas de tu mundo, de tu ciencia… ¡Y no me hables de nuestra guerra!

—Pues de eso únicamente puedo hablarte, Al- Radis.

—Entonces, te haré matar. Podría hacerlo yo, pero no es necesario. Vete. Todo el que viene aquí me debe obediencia absoluta.

—Yo no soy tu súbdito. Matarme a mí podría ser peligroso para tu reino. Nosotros podemos desintegrar totalmente esta montaña… ¡Y Flavia está preparada!

CAPÍTULO VII

—¿Quién es Flavia? —preguntó Al-Radis, mirando fijamente a Dickery.

—La única acompañante que tengo en la nave. Si me prestas atención antes de decidir nada, puedes hacer un gran favor a tu súbditos y a ti misma. Yo no soy «kosol». Es fácil darse cuenta de eso.

«Presencié una batalla entre «Urpos» y «kosoles» y me di cuenta de que en este planeta existe mucho odio. La doctora Flavia me aconsejó intervenir a fin de buscar un medio conciliatorio. Mi propósito era continuar viaje hacia el infinito. Pretendemos demostrar, con el transcurso de los siglos, que el universo es curvo y que, partiendo en línea recta hacia el infinito, se regresa al punto de partida.

—Son muy extrañas tus palabras, Tomas Dickery. Pero puedo escucharte. ¿Quieres hablar aquí o prefieres un lugar más cómodo, sentado?

—Me es indiferente, Al-Radis.

—En tal caso, ven conmigo. Allá dispongo de una salita con grandes ventanas que dan al mar. Estaremos más cómodos. Sospecho que tienes muchas cosas importantes que decirme. Y creo que podremos llegar a un acuerdo… ¡Pero nuestros enemigos serán destruidos el día final!

Dickery se mordió los labios y acompañó a la grácil Al-Radis hacia el fondo del salón, donde había una puerta corrediza y ligera, que ella descorrió, ofreciéndole entrar en una salita de unos ocho metros cuadrados, provista de ventanas de cristal, a través de los que se veía el horizonte marino, dilatado, verdeazulado y maravilloso, como inmensa balsa de tranquilas aguas.

Había también asientos blandos, con cojines, flores, una mesa con

frutos y manjares, y copas que contenían líquidos de fascinantes colores.

—Éste es mi pequeño retiro de meditación —explicó Al-Radis—. Aquí paso las horas estudiando los problemas de «Groom-Radis», que no son pocos, como debes comprender. Somos muchas personas las que vivimos aquí y todas están bajo mi responsabilidad.

—¿No eres demasiado joven para gobernar? —preguntó Dickery.

—He sido convenientemente preparada. De entre todos mis hermanos, fui la más capacitada. No es la primera vez que una reina es elegida a mi edad. Ya ha ocurrido otras veces anteriormente. Yo he tenido la desgracia de que mi padre muriera pronto.

»Pero dejemos este asunto y hablemos de tu mundo. ¿Es cierto que vienes de otro mundo?

—Sí.

—¿Está muy lejos?

—Mucho. Ni en toda tu vida podrías llegar hasta allí, viajando en una cosmonave como la mía.

—¿Cómo has llegado tú y estás aquí?

—Es muy largo de contar.

—Tengo todo el tiempo que quieras, Tomas Dickery.

El terrícola se había sentado, de espaldas a las vidrieras. Al-Radis le ofreció una bandeja de fruta, que él rechazó, diciendo:

—En Kosol hay niños que pasan hambre.

—No pienso causar daño a los niños cuando ocupemos aquel maloliente montón de ruinas.

—¿En qué consiste, pues, tu victoria?

—Destruiremos a los guerreros y mataremos a los ancianos. Las mujeres se repartirán entre nuestros hombres y habrán de tener muchos hijos, a los que se educará en nuestras escuelas.

—¿Es eso justo?

—Así está escrito en la ley de mi antepasado. No podemos renunciar a la muerte o a la victoria. Y ésta ya la tenemos cerca.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso conoces lo que hacen en Kosol?

—Sí, lo sé. Me informan continuamente. Incluso me han informado de tu llegada. Te estaba esperando. —Al-Radis sonrió de modo agradable y se sentó cerca de Dickery—. Tenemos espías entre ellos.

—Debí figurarlo. Es lógico que así sea. Sin embargo, ellos nada saben de vosotros.

—Yo no tengo culpa de lo que ocurre. Debo cumplir el mandato de

mis antepasados y vengar la ofensa que hicieron a mi abuelo Radis, al que acusaron de regicida y obligaron a huir para salvar su vida.

—¿Sabes quién mató al Rey Volko?

—Sí. En «Groom-Radis» todos sabemos eso. Lo enseñan en las escuelas. Fue el Ministro Takmon. Él mató al Rey Volko y acusó a mi antepasado. De ahí surgió la guerra, que dura ya muchas generaciones.

—Todos los personajes de aquel drama han muerto ya. ¿Por qué continuar con el odio?

—Estamos obligados a continuar por el juramento prestado. Por otra parte, nosotros somos más inteligentes que ellos. No hemos tenido nunca prisa, porque la razón y la justicia estaba de nuestra parte. Ellos, sin embargo, eran muchos más. Nosotros éramos sólo un puñado que hemos vivido ocultos, reproduciéndonos y sin arriesgar nuestras vidas.

«Sabemos que las máquinas pueden hacer la guerra por nosotros. ¿Por qué arriesgar vidas, que son tan preciosas? Ésa es la táctica de mis abuelos y también es la mía. A mí, empero, me ha tocado la suerte de terminar la guerra. Yo la acabaré e impondré mis leyes en Kosol.

—Serás una reina tirana.

—No. ¿Por qué he de serlo? Morirán todos los hombres, eso sí. Pero los niños y las mujeres serán tratados igual que a mis restantes súbditos.

—¿Y por qué no perdonas también a los hombres?

—Podrían rebelarse contra nosotros. Y eso sería malo, porque, por vez primera, lucharían contra nosotros y nos causarían muchas bajas irreparables.

—Escúchame, Al-Radis. Estoy seguro de que en Kosol te acogerían con los brazos abiertos, si decides perdonar y terminar la guerra.

—No puedo decidir eso.

—¿Quién te lo prohíbe?

—Mi juramento. Al ser nombrada reina, hube de ir ante las tumbas de mis antepasados. Ante ellos, juré continuar la guerra hasta la victoria. Mi juramento me ata. Sé que en Kosol viven miserablemente desde hace mucho tiempo. Pero eso es culpa de la

Hermandad dé Supervivencia, que la componen un grupo de viejos miedosos y cobardes.

—He oído esa versión también —dijo Dickery.

—Es cierto. Cuando hay lucha, los cobardes son los primeros en huir. Luego dicen que no tuvieron más remedio, de lo contrario sus preciosos cerebros habrían muerto, y es conveniente permanecer con vida, adquirir experiencia y seguir luchando, hasta destruirnos. Y no lo

hacen. Los que no mueren y llegan a ancianos es por cobardía. Esos hombres no están capacitados para dirigir Kosol. Se aferran a su existencia, viviendo a expensas de su sufrido pueblo, y no son capaces siquiera de imitarnos. ¿Qué compasión puedo sentir por ellos?

Dickery empezaba a comprender que Al-Radis tenía razón. Él había podido apreciar algo entre los «kosoles» de lo que ella le decía. Aún así, insistió en continuar con su embajada de paz.

—Si esos hombres no merecen tu compasión, destrúyelos a ellos y deja en paz a los otros.

—Ése es mi propósito. Pero, para llegar hasta las cuevas donde se refugian, debo debilitar su ejército. Estoy segura de que un nuevo ataque, ahora por mar y tierra, pillándolos a todos entre dos fuegos, será decisivo.

»Una vez destruido el ejército, atacaremos nosotros y nadie nos podrá impedir llegar hasta la Hermandad de Supervivencia y aniquilarla… ¡Pero no perdonaré ni siquiera a Eikon, nuestro viejo informador, porque su labor ha sido vil y canalla!

—¿Es Eikon el «kosol» que te informa de lo que ocurre allá? —preguntó Dickery, consternado.

—Sí. Le hicimos prisionero siendo él joven. El miedo le había hecho creer que estaba herido. Fue traído aquí y mi abuelo, que no desaprovechaba ninguna posible ventaja, le perdonó la vida y le permitió volver a las ruinas, con tal de mantenernos informados de cuanto ocurría. Eikon posee varios enlaces que llegan hasta nuestras fronteras y nos traen mensajes de todo cuanto sucede allá. Por él he sabido que ibas a venir en una embajada de paz, que él mismo me aconsejó no aceptar, alegando que los guerreros están ya muy debilitados. Ese viejo zorro cree que será recompensado por sus largos servicios, pero yo no soporto a los traidores.

—Haces muy bien, Al-Radis. Admiro tu justicia. Eikon es un traidor. Debe pertenecer a la raza del ministro Takmon. Tu antepasado Radis debió sentirse muy triste al no poder demostrar su inocencia ante la conjura que se alzó contra él.

—Puedo enseñarte los escritos de mi antepasado. Son ahora tablas de ley entre nosotros.

—No es necesario, Al-Radis. Te creo. En una persona como tú no pueden haber dobleces ni fingimientos. Eres una reina justa y noble. Debes ser, además, caritativa.

«Conmigo ha venido una mujer todavía joven, a la que sus leyes han

obligado a casarse con seis hombres. Ha tenido cinco hijos. Ha sufrido un largo martirio esperando a sus maridos cuando iban a la guerra. Ahora teme que sus hijos mueran allá también y que sus hijas sirvan para traer más hijos a la muerte.

»Eso es lo que deseo que comprendas y que evites.

Al-Radis entornó los ojos y musitó:

—Sufro por toda esa gente inocente. Te entiendo. Pero no puedo hacer otra cosa.

—¿Aceptarías ser elegida reina de todo Kosol, aclamada por ellos y los tuyos, una vez deshecha la Hermandad de Supervivencia, y perdonarías a los hombres que han luchado contra tus «Urpos»?

—Los guerreros de Kosol deben morir. No puedo correr el riesgo de perder ni siquiera uno de mis súbditos.

—Ese riesgo lo corren siempre todos los gobernantes. Pero si aplicas una ley justa, serás respetada.

—¿Quieres decir que firme la paz y, seré elegida reina de todo Kosol? —preguntó Al-Radis.

—Sí, eso quiero decir.

—Los ancianos de la Hermandad de Supervivencia no aceptarán.

—Yo podría llevarles tu respuesta. Si no aceptan, Nagal, Takli y las mujeres, por defender a sus esposos e hijos, te entregarán atados de pies y manos a los ancianos.

—¿Y quién firmará esa paz? ¿Quién aceptará jurarme obediencia?

—Todos los que ahora pueden luchar contra ti.

—¿Te lo han dicho ellos?

—No. Pero yo sé que lo harán. Que venga Nagal y te lo confirmará.

Al-Radis se levantó, fue a un ángulo de la sala y descorrió una trampilla en el muro. Su voz sonó regia, al decir:

—Derka, haced que venga a mi presencia la prisionera Nagal.

—Sí, Gran Reina —contestó una voz, que parecía estar allí mismo o al otro lado del muro.

—Me asombra saber que también conocéis la telefonía —dijo Dickery, cuando Al-Radis regresó a su lado.

—¿Telefonía? Eso es un conducto de aire activado por corrientes electrónicas. Mi voz llega al puesto de vigilancia y es recogida allí por un amplificador.

—¿Domináis la electricidad y no conocéis el teléfono?

—No. Presiento que puedes enseñarnos muchas cosas que no

conocemos.

—Sí, Al-Radis. En La Tierra tenemos muchas cosas que no conocéis. Y no es delito alguno divulgar nuestra ciencia en otros mundos. El único inconveniente es cuando, como en este caso, existen dos bandos en lucha. Favorecer a uno es perjudicar al otro.

—Te entiendo, Tomas Dickery. Empiezo a conocer tu mente. El espíritu de justicia que hay en ti se subleva contra esta guerra. Pues te prometo que si en Kosol me aceptan como reina y se restablece la memoria a mi antepasado, volverá la unidad a este mundo.

—Y yo te prometo enseñaros muchas cosas que ignoráis y que os serán muy útiles en vuestro progreso. Os daré planos para construir naves del espacio, vehículos a motor, teléfonos, radios, televisores, equipos espaciales, computadoras, calculadoras electrónicas, esquemas cibernéticas que harán vuestra vida completamente automática… Lo que no os daré serán armas, porque eso sí que está prohibido. Pero la cirugía electrónica os permitirá sustituir órganos enfermos de vuestros cuerpos por otros artificiales y vuestra vida se prolongará…

Dickery tenía tema para tiempo, hablando de los progresos de la ciencia en su lejano mundo.

* * *

Nagal entró acompañada de una oficial de la guardia de la reina. Nada más entrar, se postró a los pies de Al-Radis y se los besó, diciendo:

—Clemencia, soberana… ¡Piedad para el hermano Tomas! ¡Él no es de los nuestros! ¡Perdónale y te colmará de favores!

Fue el propio Dickery quien ayudó a Nagal a levantarse, diciendo:

—Gracias por suplicar a la reina por mí. Pero debiste hacerlo por tus hijos y tu esposo. Son ellos los que necesitan clemencia de la reina, y no yo.

Al-Radis sonrió a Nagal y le dijo:

—Levántate y escucha. Me dice el extranjero que, en Kosol, todos quieren la paz. ¿Es eso cierto?

—Todos, excepto la Hermandad de Supervivencia, señora. Sólo esos ancianos egoístas persisten en continuar esta inútil y absurda guerra.

—¿Reconocerán las gentes de Kosol que mi antepasado, el Rey Radis, no mató al Rey Volko?

—No sé de qué me habláis, señora. Pero, si hemos de admitir eso y acatar tu voluntad para conseguir la paz, de mi boca saldrán las

palabras que tú me digas.

—No me basta sólo tu opinión, Nagal. Necesito la seguridad de que así será.

—Tendrás esa seguridad, Al-Radis —intervino Tomas Dickery—. Si me autorizas, regresaré a Kosol y hablaré ante todos ellos. Estoy seguro de que los guerreros te entregarán a los ancianos de la Hermandad para que tú los juzgues.

—¡No los quiero! —replicó Al-Radis, altivamente—. Deseo que se les ajusticie. Ellos son los culpables de tantas muertes y deben pagar. Si no recibo la prueba de la muerte de esos hombres, ordenaré un nuevo ataque, esta vez por mar y por tierra, y las consecuencias serán desastrosas. Mirad, quiero que veáis algo.

Al-Radis se dirigió de nuevo al acústico magnético y ordenó:

—Derka, deseo que el extranjero y su acompañante presencien una demostración de nuestro poderío naval inmediatamente. Que salgan diez mil embarcaciones y efectúen un ejercicio ante los acantilados.

—Sí, Gran Reina. En seguida serás obedecida.

Al-Radis se volvió entonces a Dickery y añadió:

—Ven, extranjero. Asómate al mirador.

Dickery se acercó a los cristales. Desde donde se encontraba no podía ver la base del acantilado. Imitó a Al-Radis, apoyándose en los mullidos cojines y acercando su rostro a los cristales.

Nagal también se acercó, aunque algo tímidamente.

—Hemos construido embarcaciones que pueden llevar cargas desintegrantes hasta las costas de Kosol. Hace mucho tiempo, uno de mis antecesores envió cohetes contra nuestros enemigos y destruyó su ciudad.

»A nuestros técnicos se les ocurrió emplear un procedimiento parecido, pero en vez de ir por aire, las cargas desintegrantes irán por mar.

»Se trata de naves impulsadas por mecanismos de resorte. Las hélices giran rápidamente en el agua, del mismo modo que hacen las ruedas de los «Urpos» sobre el suelo liso, y logran el avance… ¡Miradlas!

Dickery pudo ver un enjambre de embarcaciones, en cierto modo semejante a torpedos, que surgían de la base del acantilado, donde, posiblemente, se había abierto alguna compuerta secreta.

Tales naves iban a velocidad creciente, dejando tras ellas estelas blancas, de espuma. Su número era incalculable.

Se alejaron unos doscientos metros de la costa y luego viraron en redondo, regresando hacia su base.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Dickery—. ¿Llevan, acaso, tripulación?

—No. Disponen de un mecanismo que ejecuta mecánicamente el ejercicio que se les señala, sin desviarse más que unos pocos pasos. Esto es solo una demostración. Tenemos varios cientos de miles de esas naves, que serán dirigidas hacia las costas de Kosol, en grandes oleadas. Llegarán a la costa, saldrán del agua y aún recorrerán bastante distancia, cayendo luego sobre las ruinas de Kosol. Allí reventarán las cargas desintegrantes y el fuego y la muerte se extenderán por doquier.

»Al mismo tiempo, miles y miles de «Urpos», o sea soldados mecánicos, atacarán por tierra, desde dos puntos distintos, concentrando su ataque hacia Kosol. Hemos estudiado que no habrán supervivientes si se realizan las cosas como hemos calculado.

—¡No debes hacerlo, Gran Reina! —exclamó Nagal, que había palidecido al escuchar aquellas palabras—. No debes ordenar ese ataque tan poderoso. Mis hermanos te aceptarán como soberana y reina. La Hermandad de Supervivencia será ajusticiada. Danos la ocasión de demostrarte nuestro deseo de terminar la guerra y reconocer tu bondad y justicia.

—Id, pues. Si antes de transcurridos dos días, a partir de este momento, no se han ajusticiado a los ancianos, daré la orden para iniciar el último ataque.

—Posiblemente, la guardia de la Hermandad de Supervivencia intente oponerse —observó Nagal.

—Debéis atacarles… Óyeme, Tomas Dickery, me han informado que ese objeto colgado de tu cuello permite ver lo que ocurre en otras partes. ¿Es cierto?

—Sí.

—Debes dejármelo. Regresa a tu nave y tráeme algo para poder ver lo que ocurre en Kosol, cuando los ancianos sean atacados…

—Eso no puede ser, Al-Radis. Pero hay otra solución. Puedes venir conmigo a mi gran nave. Nagal puede llevarse el foco visor y en una gran pantalla que tenemos la doctora Flavia y yo, podrás ver por tus propios ojos como el pueblo de Kosol se rebela contra los ancianos.

Al-Radis se quedó mirando fijamente a Dickery y guardó unos segundos de silencio. Al fin, dijo:

—Me gustaría conocer tu nave, extranjero. ¿Puedo tener la

seguridad de volver?

—Absoluta. Si lo deseas, yo me quedaré aquí de rehén.

—Eso me place. Dile a tu compañera que venga a buscarme. Visitaré tu nave y tú permanecerás aquí, aguardando mi regreso y el resultado de la rebelión en Kosol.

—Será necesario que la doctora Flavia lleve a Nagal con los suyos. No es un grave inconveniente.

—Gracias, Tomas Dickery. Serás mi huésped de mayor consideración y te será mostrado todo «Groom-Radis».

Dickery dio instrucciones a Flavia inmediatamente.

CAPÍTULO VIII

La «Pak-8» podía Ser controlada por radio, desde la misma cosmonave «Sparta», y esto fue lo que ordenó Tomas Dickery a la doctora Flavia, cuando Al- Radis y dos altos jefes de su gobierno subieron a bordo, en compañía de Nagal.

Las órdenes se habían ultimado así:

—Doctora Flavia, lleve primero la nave auxiliar sobre las ruinas de Kosol. Aterrice después en las afueras, deje allí a Nagal y luego recupere la nave, conduciéndola hasta la «Sparta». ¿Ha comprendido?

—Sí, señor. Perfectamente.

Una fuerte escolta había acompañado a la reina Al-Radis, la cual llevaba su uniforme de campaña, e iba sin arma alguna, al igual que su escolta. Ésta era una condición impuesta por Dickery para poder visitar la cosmonave. Él también se quedaba vigilado en «Groom-Radis», sin armas.

Y todo lo realizó Flavia con una meticulosidad extraordinaria, permitiendo a la reina Al-Radis que inspeccionara las ruinas de Kosol, donde una gran muchedumbre salió de sus refugios, saludándoles con vítores y aclamaciones, creyendo que allí viajaba el «hermano» Dickery.

La nave auxiliar no estaba dirigida por nadie. Flavia la pilotaba desde el puesto de mando de la «Sparta», cuidadosamente, sin perderla de vista ni un instante y permitiéndose la libertad de hablar con los pasajeros, a través del altoparlante instalado en el tablero de control.

—Ahora voy a hacer bajar la nave cerca del lugar donde vivía Nagal, la cual descenderá sin pérdida de tiempo, volviendo a cerrar la compuerta corrediza. Inmediatamente, les traeré abordo de la nave, madre.

Al-Radis estaba emocionada por la aventura que le permitió volar sobre territorio enemigo y comprobar personalmente el estado de lo que antaño fue una gran megápoli.

Cuando descendían, para dejar a Nagal, la reina dijo a ésta:

—Los ancianos de la Hermandad de Supervivencia deben morir. Pero podéis darles opción a que ellos mismos se quiten la vida, ingiriendo resina de «grefo». Si lo hacen, os prometo la paz.

—¡Gracias, Gran Reina! —replicó Nagal—. Obligaremos a los ancianos a sacrificarse por todos nosotros. No tendrán más remedio que hacerlo.

Nagal llevaba al cuello el foco visor que le había dado Dickery. Con aquel objeto, desde la «Sparta», Al-Radis y sus dos acompañantes, podrían ver y oír todo lo que sucedía en Kosol.

Flavia, por su parte, hizo descender la nave, siempre atenta a la pantalla telescópica, y cuando estuvo inmóvil, ordenó:

—¡Ya puedes bajar, Nagal! ¡Apresúrate! Veo a muchos de tus conciudadanos que se acercan corriendo.

Nagal abrió la compuerta corrediza y saltó a tierra, no sin antes besar los pies de su joven y futura reina. Luego, cerró la compuerta y la nave, sin brusquedad, suavemente, se remontó de nuevo al cielo, acelerando su vuelo en dirección al lugar en donde estaba orbitando la nave madre.

Ligeramente preocupada por la considerable altura que adquirieron en pocos minutos, Al-Radis exclamó:

—¡No he debido emprender este viaje!

—No tenga usted miedo, majestad —le contestó la voz de Flavia—. Ya está llegando. Aquí puede sentirse más segura que en su propio palacio.

—Estoy deseando conocerte, mujer extranjera… ¡Ah, ya vemos la nave! ¡Es plateada y se acerca rápidamente a nosotros!

—Exacto. Se encuentran ahora a diez kilómetros… Nueve… Ocho… Voy a disminuir la velocidad y a abrir la cámara de acceso… ¿Tienen miedo?

—Sí, pero una reina sabe contenerse.

—Le aseguro que no debe temer nada, majestad.

Efectivamente, la «Sparta», que parecía inmóvil en el espacio, se acercaba, a gran velocidad. La «Pak-8», por su parte, aminoraba la marcha y cuando estuvo junto a la otra nave, se acercó hacia la compuerta abierta. Flavia maniobró hábilmente los mandos y, por fin,

la pequeña nave auxiliar, terminó penetrando en el hangar y posándose sobre la plataforma, donde quedó inmóvil. Al mismo tiempo, la compuerta exterior del hangar se cerró.

—Ya puedes salir. Dentro de unos minutos estaré con ustedes. Aguarden junto a la nave en que han viajado.

Al-Radis fue la primera en descender, quedando maravillada de la grandiosidad de la cosmonave terrestre. Fue hacia los mamparos y examinó, sin tocar nada, las máquinas y herramientas que allí había, extrañada de todo. Los dos hombres que la acompañaban no se apartaron ni un instante de su lado, dispuestos a dar su vida, si preciso fuera, por salvar a su reina.

Y Flavia, como había prometido, no tardó en llegar, «filtrándose» por una de las puertas «osmóticas» de electrodisgregación molecular, con lo que dio a Al-Radis un sobresalto.

—Estoy a la entera disposición de vuestra majestad —dijo Flavia, sonriendo.

Al-Radis se acercó a ella, sin dejar de mirar hacia la puerta «osmótica».

—Me alegro de conocerla… ¿Cómo ha pasado usted por ahí?

—En el instante de cruzar un móvil por ahí… Quiero decir, algo que tenga facultad de moverse, las moléculas se disgregan, o se desvanecen al contacto del cuerpo, volviéndose a formar de nuevo cuando el cuerpo ha pasado.

—¡Es asombroso! ¿No te parece, Lerker?

El alto dignatario asintió, sin atreverse a despegar los labios.

—Tengan la bondad de seguirme al puente de mando. Les ruego, sin embargo, que no toquen nada —añadió Flavia—. Todo tiene a bordo un fin determinado.

—Comprendo —replicó Al-Radis, siguiendo a Flavia—. ¿Está usted sola aquí?

—Sí, majestad. Obedezco las órdenes del capitán Dickery. Soy su única subordinado… Esto es una escalera automática. Un motor acciona los escalones. Pase sin miedo.

—Todo es muy extraordinario… ¡Asombroso!

—Toda la energía que se consume aquí se produce en nuestros generadores. La electricidad es nuestra principal fuente de energía —explicó Flavia, dudando que sus visitantes la comprendieran.

—¿Qué es la electricidad?

—Lo que en Kosol llaman «dregder».

—¡Ah, ya! Sabemos que existe en la atmósfera de Kosol en grandes cantidades, pero nosotros no hemos sido capaces de almacenarla, como ustedes

—¿Cómo lo hacen? —dijo Al-Radis.

—No la almacenamos, sino que la producimos. En nuestro planeta también existe. Está en todas partes y forma parte del Universo. ¿Cómo funcionan las armas que ustedes usan?

—No estamos seguros aún. Lanzamos rayos invisibles que el aire convierte en amarillos y que destruyen todo lo que encuentran en línea recta.

—Sí, deben ser rayos de incidencia electrónica. Los hemos clasificado ya. Pero ustedes poseen luz eléctrica también. ¿Cómo la obtienen?

—Del aire. Todo lo obtenemos del aire. Inventamos unos aparatos que recogen la energía del aire y la aumentan considerablemente, con lo cual podemos hacer luz artificial y otras cosas útiles.

Flavia asintió. Acababan de llegar al puente de mando, donde los visitantes se quedaron boquiabiertos ante tanto mecanismo de control como allí había.

—¿Y para qué sirve todo esto? —preguntó Al- Radis.

—Para navegar por el espacio. Aquí tenemos analizadores de todos tipos. Todo está controlado automáticamente. Podemos ver en la pantalla retrospectiva todos los mundos y estrellas que hemos dejado atrás. Pueden ver, si lo desean, imágenes filmadas de La Tierra y del Sistema Solar.

Habían tantas cosas que ver allí, que optaron por seguir la imagen que les enviaba Nagal, desde Kosol, a través de su foco visor. Y esto era mucho más interesante para Al-Radis…

* * *

—Pruma no quiere más guerra… Yo no quiero más guerra… ¡Nadie quiere más guerra! —estaba diciendo la voz de Nagal, a la que no se podía ver, nada más que la mancha oscura de su cuerpo, cuando el foco visor, girando sobre sí mismo, enfocaba hacia ella. Sin embargo, la imagen del denso círculo de hombres y mujeres de Kosol, en torno a Nagal, se veía con perfección en la pantalla— ¡Y vosotros tampoco queréis más guerra!

»En nuestras manos está el acabar de una vez para siempre con la

muerte de nuestros maridos e hijos. Nosotros podemos exigir a la Hermandad de Supervivencia que ponga fin a la guerra… ¡Porque si no lo hacemos, la guerra acabará con todos nosotros, y ya ha durado demasiado y muertos muchos hombres valientes de Kosol!

«Yo he estado con la reina Al-Radis. He visto a los «Urpos» y las embarcaciones que van a lanzar pronto contra nosotros. Lo he visto con mis ojos y sé que no tenemos salvación. Esta vez todos, mujeres y niños, pagaremos con nuestras vidas la cobardía ancestral de los ancianos, que son los que mantienen la guerra porque no saben hacer otra cosa.

«Nosotros no sabemos por qué se hace esta guerra. Nadie nos lo ha dicho nunca, hasta ahora. Y los ancianos tienen tablas dé historia que lo dicen. Yo lo sé, porque en «Groom-Radis», que es la gran ciudad subterránea de los súbditos de la reina Al-Radis, los niños van a las escuelas y les explican la verdad. Y no es mentira lo que les dicen, como lo demuestra el hecho de que a nosotros nadie nos ha enseñado nada.

Lo voz de Nagal llevaba con calor hasta el puente de mando de la «Sparta», donde Al-Radis escuchaba y observaba atentamente, fijándose en los semblantes cubiertos de largas melenas de los guerreros «kosoles». También habían mujeres con casco y sin él. Y lo que más se veían eran niños desnutridos, medio vestidos con trozos de pieles, rapadas cabezas, ojos hundidos y expresión estúpida e inocente a la vez.

—Nagal está haciendo una buena exposición de la verdad —declaró Flavia.

—¿Está usted enterada de todo lo referente a nuestra historia? —quiso saber Al-Radis.

—Sí. He escuchado todo cuando se ha dicho a mi capitán.

—Él no puede oírnos ahora, ¿verdad? —preguntó Al-Radis.

—No, majestad.

—Creo que es un hombre inteligente y noble.

—Sí. Está convencido de que debe ayudarles.

—No debí desconfiar de sus buenas intenciones, doctora Flavia —expuso Al-Radis, pensativa—. No crea usted que poseo malos sentimientos. Anhelo la paz más que nadie. Antes quería terminar la guerra, al precio que fuera necesario pagar. Pero el capitán Dickery me ha dado la idea de aumentar mis súbditos de este modo.

»Si tenemos éxito, podría decretar la inmediata restauración de Kosol. Volveríamos a edificar el antiguo palacio real y dejaríamos «Groom-Radis», lo cual sería una instalación industrial únicamente.

—¡Es una maravillosa labor, majestad! ¡Todos esos seres tienen

derecho a vivir! ¡Véalos, con qué atención escuchan a Nagal! ¡Véalos como asienten a afirman!

En aquel momento, la voz de Nagal estaba diciendo:

—¡Ellos nos han traicionado! ¡Sé que Eikon es un traidor, que confía en la recompensa de la Gran Reina Al-Radis, por los informes que le ha estado enviando siempre de nuestra situación! ¡E igual son los demás componentes de la Hermandad de Supervivencia!

»Si hubiesen sido valientes guerreros, como sois vosotros, sus cuerpos estarían muertos ahora en los campos de batalla. Huyeron de allí, acobardados y nos hicieron creer que sus cerebros eran privilegiados. ¡Mentira, yo os lo digo! ¡Son todos unos cobardes y cobardes fueron en su juventud, cuando hubieron de luchar contra los que no son nuestros enemigos, sino los descendientes de un hombre injustamente acusado de un delito que no había cometido!

—Estoy pensando en nombrar a Nagal ministro de mi gobierno —dijo Al-Radis—. Es una mujer extraordinaria. Recuérdamelo, Lerker.

—Sí, Gran Reina —replicó el alto personaje que la acompañaba.

El otro, de nombre Glaur, observó:

—Sería una excelente ministro de información pública, Gran Reina. Aunque debemos tener presente que no posee una gran cultura.

—No importa. Todavía es joven y puede aprender. Todos esos seres habrán de asistir a los centros de enseñanza. Tendrán que trabajar duramente para reconstruir Kosol y recuperar el tiempo perdido. Pero tendrán alimentación sana y abundante… Doctora Flavia, ¿cuánto tiempo piensan quedarse ustedes entre nosotros?

Flavia se quedó un instante triste. Luego, respondió:

—Si por mí fuese, me quedaría en Kosol para siempre, majestad. Es el capitán Dickery quien manda, sin embargo. No tendré más remedio que obedecerle.

—Conozco cuál es el objetivo de su viaje, doctora. No creo que tenga objetivo alguno. Trataré de convencer al capitán Dickery para que se quede entre nosotros. Su presencia en Kosol nos puede ser muy útil.

—No se quedará. Es obstinado y obediente a los reglamentos de hace seiscientos años. Sólo el tiempo que hemos perdido viajando en estado de hibernación ya justificaría un abandono del servicio. Esta misión se ha convertido en un disparate personal. En La Tierra no sabemos lo que ocurre.

—¿No pueden comunicarse con sus semejantes? —preguntó Glaur.

—Nuestros mensajes viajan casi a la misma velocidad que nosotros.

Cuando nos llegue la respuesta al primer informe enviado, nos habremos alejado miles de años de distancia. Todo es inútil. Estamos demasiado lejos de nuestro mundo. Y mi deseo es encontrar otro mundo donde poder vivir el resto de mi vida en paz.

—¿Por qué no trata de convencerlo, doctora Flavia? —preguntó Al-Radis.

—¿Convencer a Tomas Dickery? Es lo mismo que tratar de convencer a una roca. Tendré que abandonarle. Su idea es ayudarles a ustedes y luego obtener ayuda y formar una tripulación para continuar el viaje. Puede que acepte crear una tripulación hereditaria. De eso me habló. Pensó incluso casarse conmigo y enseñar a nuestros hijos, si los tenemos, a que piloten la «Sparta».

—No deben marcharse.

—¿Y cómo evitarlo, majestad?

—Es muy sencillo. Usted gobierna ahora esta nave. ¿No puede dirigirla a tierra y allí inutilizarla?

—Sí, pero… ¡El capitán Dickery sería capaz de matarme!

Al-Radis sonrió.

—No lo creo. Por el contrario, cuando ya no tenga medios para reanudar su viaje sin destino, tal vez se convierta en ser humano y vea las cosas de otra manera. En realidad, los hombres son unos extraños individuos.

—Sí —admitió Flavia—. Animales racionales. Yo he creído siempre que el hombre solo es un ser incompleto. Y por esa ley natural, siempre les he tenido miedo. Mi realidad, amarga y desnuda, ha sido tener que permanecer a solas con un hombre.

—Eso me hace admirar más al capitán Dickery, doctora Flavia —replicó la joven reina—. Debe ser un individuo muy íntegro.

—Sin duda que lo es.

—¿Le ha pedido que se case con él?

—Sí. Pero estoy segura que lo hizo por razones de reglamento y obediencia. Él no es capaz de pensar siquiera en el amor.

—¡Oh, no diga usted eso!

—Dickery es capaz de someter sus emociones sentimentales a consulta de su computadora.

Al-Radis, sin comprender, optó por sonreír.

—¡Atención, Gran Reina! —exclamó Lerker, señalando la pantalla— ¡Han llegado varios ancianos!

Efectivamente, en la nítida pantalla, se veía ahora un movimiento de gente, abriéndose para formar una especie de pasillo humano, por el centro del cual, envueltos en sus togas de finas pieles curtidas y amarillentas, avanzaba un cortejo de ancianos de la Hermandad de Supervivencia.

Detrás de ellos, apenas visibles, iban los hombres de su escolta. Allí no estaban todos los ancianos que formaban al Hermandad. No se habrían atrevido a salir todos al exterior. Eran como una comisión, entre los que estaba Eikon, que caminaba con paso cansino.

Un gran silencio se había hecho entre los «kosoles» reunidos en torno a Nagal.

Eikon se acercó, situándose delante de Nagal.

—Han llegado extrañas noticias a nuestros oídos, mujer —habló el anciano—. ¿Es cierto que has ido con el extranjero al lugar donde se ocultan nuestros enemigos?

—Sí, y he visto a la Gran Reina Al-Radis.

El semblante de Eikon pareció alterarse. Sus largos cabellos blancos temblaron.

—¿Y dónde está el extranjero que te acompañaba?

—Ha quedado en el Gran Palacio Real de «Groom- Radis». Yo he sido enviada a divulgar la verdad, para que todos mis hermanos sepan que podemos salvarnos a cambio de que vosotros paguéis con la vida la traición que nos habéis hecho durante muchas generaciones.

—¿Qué estáis diciendo, desgraciada? —bramó Eikon, alzando las manos— ¡Estás «kerre»!

—No, anciano cobarde y traidor. He sabido que tú fuiste capturado por los que construyen los «Urpos», hace muchos años, y que prometiste traicionarnos si te perdonaban la vida.

Eikon retrocedió unos pasos, sorprendido. Gritó:

—¡Nadie puede creer tus falsas palabras, Nagal! ¡Guardia, matadla! ¡Emplead vuestras armas!

—¡Alto, Eikon; si tu escolta me hiere con sus armas, todos estos hombres caerán sobre vosotros y seréis arrastrados! ¡Ya ha durado mucho tiempo la falsedad! ¡Tenéis que morir vosotros, que no lo merecéis, y nosotros tendremos la paz! ¡Es justo que terminen su vida un puñado de viejos cobardes para que se salve el pueblo de Kosol!

—¡Sí, es justo! —gritó la multitud, amenazadoramente.

—¡No la creáis! ¡No sabe lo que dice!

—Os demostraré que Eikon ha sido un cobarde y un traidor… ¿Veis

este talismán que llevo al cuello? Por aquí os llegará la voz de la Gran Reina Al- Radis, que se encuentra ahora en la nave volante del capitán Dickery… ¡Por favor, Gran Reina, hablad y decid a mis hermanos la verdad de lo acaecido! ¡Ellos no conocen tu voz, pero sí la mía y sabrán que no es la misma!

Al-Radis sonrió al escuchar estas palabras. Se volvió a Flavia y le preguntó:

—¿Cómo puedo hacer llegar mi voz hasta Nagal?

—Muy sencillo. Empujo esta palanca y todo lo que se hable aquí lo podrá escuchar Nagal y los que se encuentren en sus inmediaciones. ¿Quiere usted hablar?

—Sí… Oídme, desventurados hijos de Kosol, soy la reina Al-Radis, descendiente del Rey Radis… ¡Y lo que dice mi mensajera Nagal, es cierto! ¡La Hermandad de Supervivencia os ha engañado siempre! ¡Destruidlos y seréis perdonados!

CAPÍTULO IX

Nagal capitaneó una nutrida fuerza de guerreros hacia los refugios de la Hermandad de Supervivencia, no sin antes pisotear los cuerpos de Eikon y sus compañeros, que fueron muertos por su propia escolta.

La locura pareció desatarse sobre Kosol. Todos pedían las cabezas de los ancianos, los cuales se defendieron en sus refugios, peleando por vez primera por sus vidas, y causando numerosas bajas a sus atacantes.

Pero todos fueron inmolados y Nagal aclamada en medio de los montones de ruinas, abrazada y levantada al aire por sus admiradores.

Una vez restablecido el orden, Nagal habló así a Al-Radis:

—Gran Reina, no ha sido posible hacer tomar a los ancianos la resina de «grefo». Pero todos han muerto ya y sus cuerpos arrojados al mar. Ahora, esperamos tus órdenes.

Nagal había hablado a través del foco visor, y de él llegó la respuesta de Al-Radis:

—Lamento lo ocurrido, Nagal. Pero comprendo que era inevitable que esos hombres se defendieran. Ya no tiene remedio. Se han salvado muchas vidas y os recompensaré. Voy a regresar inmediatamente a mi palacio, desde donde daré las órdenes para que se os envíe alimentos y técnicos, a fin de reconstruir lo más rápidamente la ciudad. Yo no iré a Kosol hasta que todos mis súbditos tengan su vivienda, los niños sus escuelas y los hombres sus fábricas donde trabajar y ganar el sustento.

»Hay que reconstruir y olvidar el pasado. Hay que estudiar y progresar. Ya no habrá terror y se hará justicia. Yo, Al-Radis, Reina de Kosol, he hablado.

—¡Viva nuestra reina! —gritó Nagal, llena de entusiasmo.

—¡Viva! —respondieron cientos de miles de voces, sobre la ciudad

en ruinas.

Y el clamor entusiasta de las voces pareció elevarse a las alturas como si quisiera alcanzar la nave espacial donde se encontraba Al-Radis, en compañía de Flavia Konstant.

—Os felicito, majestad —dijo Flavia, sonriendo—. Ha sido un tanto duro eliminar a esos hombres. El perdón habría sido más magnánimo.

—Sí, es cierto. De haberse querido someter, yo los habría perdonado. Pero la guerra estaba muy profundamente arraigada en las mentes de esos hombres. Habrán de pasar años para que todo se olvide. Ahora necesitan trabajar duramente. Eso les ayudará.

»Poco a poco, irán adaptándose a la nueva idea de la paz. Han sido muchas las generaciones que han conocido la guerra para que se olvide todo en un momento. Pero lo conseguirán.

—Estoy segura de ello, majestad. ¿Queréis que ahora os enseñe la nave?

—Sí. La veremos rápidamente y luego regresaremos a «Groom-Radis». Deseo recompensar al capitán Dickery por su estimable favor.

Mientras estaban visitando la nave, contemplando todo lo maravilloso y extraño que allí había, obra de la ciencia terrestre, Al-Radis preguntó a Flavia:

—¿Quieres quedarte en Kosol, doctora?

—Sí. Me gustaría muchísimo.

—Yo puedo ayudarte, Flavia. Ordenaré al capitán Dickery que se case contigo.

—¡Oh, no! —protestó Flavia—. Ni le quiero, ni él me quiere a mí.

Al-Radis rió alegremente.

—¡Qué tontería! Sois los únicos seres de una civilización distante e inalcanzable. Quizás el destino os envió a nosotros para cambiar el sistema guerrero que teníamos. También nos podéis ayudar técnicamente. Necesitamos vuestra ayuda urgentemente. Estoy dándome cuenta de que vuestro consejo nos hará progresar muy aprisa.

»Por lo tanto, ordenaré que se os construya un gran palacio, donde viviréis hasta vuestra vejez. El capitán Dickery será nombrado Gran Chambelán y tendrá tanta autoridad como yo en el progreso técnico de Kosol.

—No, por favor, majestad. Yo no me casaré con Tomas Dickery.

Al-Radis había sido sabiamente educada por excelentes preceptores, y, pese a su aparente juventud, era una mujer con talento. Sonrió ante las súplicas de Flavia y la tocó del brazo, llevándola hasta una de las

butacas de la sala de recreo.

—Escucha, doctora Flavia. Sois los dos únicos seres de una raza distinta a la nuestra. He pensado en que siendo tan parecidos nosotros y vosotros, que parecemos proceder de un estirpe común, podríamos unirnos, tú con alguno de nuestros altos jefes y Dickery con alguna de nuestras altas damas.

»Lo he pensado y lo he rechazado al mismo tiempo. Si fuese posible, incluso yo no tendría inconveniente en contraer matrimonio con el capitán Dickery. Mi gobierno aceptaría mi decisión con agrado. Y, en honor a la verdad, Tomas Dickery es un hombre apuesto.

»Pero los sentimientos personales no cuentan. Son muy altas razonas las que me aconsejan esta decisión. La raza de vosotros no puede desaparecer cuando os llegue el fin. Debe quedar descendencia. Kosol es un mundo grande y cabemos todos. Quizá, con el tiempo, nuestros hijos y los vuestros, puedan unirse y crear una nueva raza, más fuerte, más culta, más grande.

»Con las máquinas voladoras que construiremos, nuestros hijos conquistarán los cielos. Habrán de transcurrir siglos, sin duda, pero, al fin, todo el Universo será dominio de las razas del futuro. Si los pueblos no se conocen y se mezclan, no puede haber progreso.

«Todo cuanto estoy viendo ahora a mi alrededor, me habla de una raza magnífica que ha luchado y vencido. Allá en vuestro mundo se intentarán otras conquistas y aquí, nosotros lograremos también nuestros propios logros.

«¿Quién te dice que dentro de algún tiempo no nos damos la mano a través del espacio con vuestros hermanos? ¿Quién te dice que las naves de La Tierra no llegarán aquí algún día y podrán detenerse a descansar, encontrándose seres que hablan su mismo lenguaje y con los que os podréis entender?

»¿Quién te dice que Kosol no puede ser un mundo hermano a La Tierra y base de aprovisionamiento en las grandes rutas del espacio?

Flavia estaba escuchando atónita a la reina, sin poder creer que todas aquellas ideas salieran de una cabeza extraña y desconocida, con la que ya creía tener profundos vínculos de amistad.

Al-Radis continuó diciendo:

—Vosotros dos sois tan importantes ahora para mí como todos mis restantes súbditos. Y debo ser sincera al decir que espero mucho de vosotros. Confío que, con vuestra ayuda, pueda situar a mi mundo en una línea de progresos técnicos y científicos como tenéis en La Tierra.

—Sí, sí… Naturalmente —asintió Flavia—. En todo eso estoy de acuerdo. Incluso en lo de permanecer aquí. Soy capaz de estrellar la cosmonave contra el suelo, para impedir a Dickery que pueda irse. Pero entre él y yo hay un abismo.

Al-Radis sonrió y pasó su brazo sobre el hombro de Flavia.

—Soy mujer y conozco a las mujeres. En el fondo, nosotros no nos diferenciamos en nada. Dices que no le amas.

—Bueno —vaciló Flavia—, creo que siendo Tomas el único hombre de mi raza… podría intentar amarle. Pero sé que él no accedería.

La sonrisa en las facciones de la joven reina se acentuó.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has intentado enamorarle? Sospecho que vuestro trato siempre ha sido hostil. Es una situación embarazosa encentrarse, de pronto, a solas en el universo con un hombre al que sólo se obedece profesionalmente… Pero las razones de valor, las auténticas. Incluso sin amor os debéis casar. Podéis tener hijos y perpetuar aquí vuestra especie.

Eso no os hará perder muchos años. Si luego, cuando ya tengáis vuestra familia, queréis continuar el viaje, nadie os lo prohibirá.

Flavia miró fijamente a la reina.

—¡Sois una maravillosa diplomática, majestad! —exclamó.

—Debo serlo. Soy la reina.

* * *

La puerta de la sala donde residía Tomas Dickery se abrió para dar paso a una doncella, que le traía las ropas de ceremonia.

—Señor, la reina está a punto de llegar. El gobierno en pleno saldrá a recibirla y el general Sotre desea que es vistáis con ese atuendo.

Dickery estaba tendido sobre un amplio lecho. Miró a la hermosa doncella y sonrió:

—Prefiero ir con mi uniforme, Quida.

—El general Sotre es muy ceremonioso, señor.

—Está bien, Quida. Me pondré esa túnica color rosa… ¡Vaya un aspecto que voy a ofrecer! ¿Te ha dicho algún «verplo» que eres muy guapa, Quida?

—Las doncellas de palacio salimos pocas veces al exterior, señor —respondió la doncella—. Sólo se fijan en nosotras los altos dignatarios, pero no nos dicen nada, como si se sintieran avergonzados.

—¡Pues es una lástima, Quida!

—Sí, señor. ¿Le ayudo a vestirse?

—¡Ah, no; eso sí que no! Puedes retirarte.

—El baño está preparado, señor. Si me necesita, puede usted llamar. Acudiré inmediatamente.

La doncella hizo un reverencioso saludo y se retiró, volviendo a cerrar la puerta.

Tomas se levantó entonces, pasó al baño, donde todo estaba preparado tal y como él lo había pedido la víspera. Se bañó, se perfumó y se rasuró completamente. Luego, se puso el traje de ceremonia, que era una túnica de un tejido parecido a la seda, colon—- rosa, larga, y que sujetaba a la cintura con un cordón rojo y brillante.

Encontró también unas zapatillas muy ligeras y flexibles, que se calzó. Cuando estuvo vestido salió de su alojamiento, encontrándose a los dos guardianes que le habían asignado como escolta.

—¿Cuándo llega la reina, amigos?

—Nos han dicho que está al llegar. Debemos ir al gran jardín, donde está reunido el gobierno en pleno.

—Pues, andando, amigos. No hagamos esperar al gobierno.

A lo largo de los anchos pasillos de palacio, Dickery y su escolta salieron a un enorme jardín, enteramente cubierto de vegetación, a través de cuyo frondoso techo era imposible ver el cielo. Sin embargo, la luz artificial era impresionante.

A lo largo de ambos lados de una amplia escalinata metálica, altos dignatarios, familia real, ministros, general y técnicos de «Groom-Radis», todos con ropas de ceremonia semejante a la que usaba Dickery, aguardaban a que se abriera la barrera de vegetación que había al fondo del jardín, por donde llegaría la reina.

Muchos personajes se volvieron a examinar al capitán Dickery, al que muy pocos conocían. Él se limitó a saludar con la cabeza, yendo hacia donde se encontraba Derek, la secretaria ayudante de la reina, la cual le saludó con una sonrisa.

—¿Falta mucho para que llegue la reina? —preguntó Dickery.

—Poco, señor. La máquina voladora está descendiendo ya.

—¡Ah, bien! Veo aquí a muchos personajes.

—Todos son altos dignatarios de la corte, señor

—dijo Derek, sonriendo graciosamente.

Dickery se entretuvo admirando un rato el jardín, hasta que, de

pronto, oyó un clamor de trompetas y vio que todos los dignatarios se arrodillaban y alzaban sus brazos al cielo. Él no les imitó y permaneció de pie, junto a la barandilla, viendo como, al fondo, lo que antes había creído como muro de vegetación, se descorría lentamente, para mostrar una avenida, por la que avanzaba un largo cortejo de mujeres vestidas de verde, con capuchas, en medio de las cuales iba Al-Radis, en compañía de Flavia Konstant, Nagal y los dos dignatarios, Lerker y Glaur.

A medida que la guardia penetraba en el jardín, se iban colocando a ambos lados, formando un cordón militar.

La reina avanzó con paso rápido y al llegar a donde estaban sus súbditos, arrodillados, les dijo:

—Levantaos, por favor.

Dickery estaba asombrado de ver allí a Flavia, la cual vestía su buzo dorado. Al-Radis le vio también a él y se le acercó, tendiéndole la mano.

—Capitán, sólo tengo una palabra que decirte… ¡Gracias! Hoy será mi invitado de honor, junto con la doctora Flavia.

—¿Por qué has abandonado la nave, Flavia?

—preguntó Dickery, con ojos centelleantes, mirando a su subordinada.

—Por orden real, capitán —dijo Flavia, con descaro.

—¡Le ordeno que regrese inmediatamente a su puesto!

—Lo siento, capitán Dickery —intervino Al-Radis, como si hubiese entendido el lenguaje que empleaba Tomas—. La doctora Flavia es mi invitada también. Su nave está en lugar seguro… ¡en tierra!

—¿En tierra? —exclamó Dickery—. ¿Cómo se ha atrevido usted a…?

—Orden de su majestad la reina —contestó Flavia, con descaro.

* * *

El cortejo se había trasladado a una gran sala de audiencias, donde Al-Radis tenía que comunicar a sus súbditos las noticias de los últimos acontecimientos. Sin embargo, la reina estimó que, antes, debía ataviarse adecuadamente para la ceremonia.

Por ello desapareció en palacio, seguida de sus camareras reales, mientras que los altos dignatarios y ministros ocupaban sus puestos en la sala de audiencias. Allí, en el sitial de los invitados, fueron instalados Flavia y Dickery.

La furia del capitán apenas si había sido contenida por la intervención de Al-Radis, y ahora aprovechó la ocasión, sentado junto a Flavia, para decirle, en voz baja, pero siseante:

—¡No lo permitiré, doctora Konstant!

—¿Qué es lo que no permitirás, Tomas? —replicó ella, en el tono familiar e íntimo que había adoptado.

—¡La nave debe regresar a su órbita!

—La vigilan guardias de la reina Al-Radis. Ni siquiera te dejarán entrar a ti en ella.

—¡Eso ya lo veremos!

Dickery había levantado la voz y algunos dignatarios se volvían a mirarles, sin comprender lo que estaban hablando.

—La reina me ha convencido para que permanezca aquí, en Kosol, y acepte tu proposición matrimonial —dijo Flavia.

—¡Olvídate de eso ahora, querida amiga! —se mofó Dickery—. Habrá matrimonio, en la nave, viajando hacia el infinito y de acuerdo con nuestra ley. Yo mismo registraré el enlace.

—¡Estás «kerre»! —ironizó Flavia—. Soy huésped de la reina Al-Radis y me he acogido a su hospitalidad.

—¡Soy tu jefe!

—Ya no estamos en la nave, querido mío. He desertado de mi puesto. Puedo hacerlo, dado que no existen pacientes a bordo de la «Sparta».

Dickery frunció el ceño y se cruzó de brazos, dispuesto a no seguir discutiendo. Sin embargo, Flavia tenía más cosas que decir.

—Me he dado cuenta de algo muy importante, capitán Dickery. Tú y yo somos los únicos supervivientes de una expedición terrestre enviada al infinito con fines científicos. He podido constatar de modo fehaciente que no resistiríamos una nueva hibernación. Si hemos sobrevivido se debe a dos causas distintas. La primera es tu recia constitución. Incluso hibernado, eres un hombre fuerte, robusto y sano…, ¡extraordinariamente sano!

»Yo, sin ser de constitución tan robusta como tú, también estoy en perfectas condiciones. Mi coeficiente de salud es elevado. Pero yo hubiese muerto también, de no haber sido por una circunstancia que he descubierto cuando mostraba a la reina Al-Radis la cámara automática de hibernación.

«¡Todos nuestros tripulantes murieron porque sus cámaras tenían una pérdida sensible de frío!

—¿Cómo puede ser eso?

—Puedes comprobarlo cuando quieras. Eso quiere decir que envejecían lentamente, aunque no nos diéramos cuenta, debido a que no tenían desgaste alguno.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Dickery, consternado.

—Es cierto. La cámara más perfecta es la automática.

—¡La que yo estaba no es automática! ¡Y yo estoy vivo!

—Cierto, Tomas. Estás vivo. Pero, ¿puedes saber lo que has envejecido en seiscientos años, sometido a una pérdida de congelación? ¿Qué edad crees que tienes?

—¡La misma que tenía al embarcar! —exclamó él.

—Lo dudo mucho. Y mi deber es efectuarte un reconocimiento concienzudo y profundo, para diagnosticar con exactitud cuál es tu situación geriátrica.

—¡Me opongo terminantemente!

—Necesito saber el grado de decrepitud que posee el hombre con el que voy a casarme… ¡Chist! ¡Todos nos están mirando!

—¡Me importa un comino lo que piensen todos ellos! ¡Ni me dejaré reconocer por ti, y mucho menos aceptaré tus mentiras! Empiezo a entrever en tus manejos ciertos indicios de una extraña diplomacia que nada tiene de terrícola. ¿Por qué ha permanecido la reina tres días en la «Sparta»?

Flavia sonrió y respondió:

—Quería conocerlo todo. Le proyecté filmaciones de La Tierra. Presenciamos carreras de bólidos, una obra teatral, cuyo texto hube de traducirle por entero, etc.

—¡Y estuvisteis hablando de mí! —exclamó Dickery.

—Sí, es lógico. Desea nombrarte Gran Chambelán y ponerte al frente de un gabinete de desarrollo técnico y científico. Te asombraría si supieras el gran número de cosas que ignoran en Kosol.

—No aceptaré bajo ningún pretexto —replicó Tomas, obstinadamente.

—Al-Radis es una muchacha muy inteligente. Incluso me dijo que le gustaría casarse contigo…

—¿Eeeh?

—Pero no lo considera lógico, ni justo. Cree que es mejor que nos casemos nosotros y tengamos hijos. Éstos podrían, en su mayoría de edad, casarse con nativos de Kosol. Posiblemente será una afortunada

experiencia. Para la futura conquista del Universo, Kosol puede ser un magnífico puente o base de aprovisionamiento, si las naves de La Tierra se extienden por todos los confines.

—¿Eso ha dicho Al-Radis? —preguntó Dickery, maravillado.

—Es asombroso cómo la reina asimila el concepto de universalidad de su pueblo. Otras gentes no habrían comprendido aún que existan seres semejantes a ellos en otros mundos. Ella, en cambio, tiene la idea de que hace muchos miles de años, gentes como nosotros vinieron a Kosol, procedentes de algún mundo extinguido, a dejar la misma semilla humana que otros, de la misma raza, dejaron en nuestro planeta de origen.

No era la primera vez que Tomas Dickery escuchaba tal teoría.

¡Y durante rato estuvo pensando en ello!

EPÍLOGO

La «Pak-8» se deslizó suavemente hacia el fondo oscuro del inmenso Cráter Kreto, pasando la línea de sombra, hasta ir a detenerse en el fondo, sobre un terreno ennegrecido y carente de vegetación.

Tomas Dickery abrió la compuerta y saltó primero al suelo, tendiendo la mano primero a Flavia y luego a la joven reina Al-Radis. El hombre «kosol» que venía con ellos, y que llevaba una especie de maletín en la mano, descendió sin ayuda de nadie.

Todos iban vestidos ahora con el uniforme verde de la guardia real. Se trataba de un tejido muy confortable, que protegía extraordinariamente del frío ambiente de Kosol, como los expedicionarios terrestres habían experimentado ya, y que les permitía toda clase de movimientos gracias a la elasticidad de su fibra vegetal.

—¿Dónde está la esfera, Brol? —preguntó Al-Radis, dirigiéndose al «kosol» que les había acompañado en aquel largo viaje a un lejano paraje del planeta.

—En el fondo de ese agujero, Gran Reina —replicó el «verplo»—. Se puede descender perfectamente, porque dejamos las escaleras metálicas adosadas al muro.

Rápidamente, avanzaron hacia donde indicaba Brol. Así, llegaron al borde de un barranco, de unos diez metros de profundidad, exactamente en el centro del cráter, como si algo hubiese excavado allí un agujero de diez metros de diámetro, por otros tantos de profundidad. Y, junto al muro, habían dos escaleras metálicas.

—Yo bajaré primero —dijo Dickery, sacando de un bolsillo de su pernera una pequeña pero potente lámpara eléctrica, porque la luz era escasa en aquel agujero.

Se agarró a la escalera y empezó a descender. Al- Radis descendió con agilidad por la otra escalera, seguida de Brol.

Por su parte, Flavia no esperó a que su esposo estuviese abajo, siguiéndole y empuñando también otra lámpara.

El fondo del agujero no era exactamente liso, sino semiesférico. Se había excavado recientemente y un gran montón de tierra negra estaba amontonada a un lado. El resto que faltaba y que había dejado al descubierto la forma esférica del objeto incrustado en el fondo del cráter, había sido extraído por trabajadores de Kosol.

Un ligero temblor agitó a Dickery al pisar aquel objeto, sin duda metálico, ya frío y muy oxidado, que revelaba, sin duda alguna su origen cósmico.

—Aquí está el agujero —señaló Brol, yendo hacia un extremo.

Todos se acercaron. Las luces iluminaron un rectángulo cilíndrico y escalonado.

—Es una compuerta casi irreconocible —dijo Brol.

Dickery se arrodilló y alumbró hacia el interior, pudiendo observar diversos y desconocidos aparatos, de extraño diseño, que parecían conservarse en perfecto estado.

—La compuerta se hundió cuando golpeamos con nuestras herramientas —explicó Brol—. Es ese fragmento circular que está junto a ese… asiento.

El brazo extendido de Brol señalaba un asiento giratorio situado ante un cuadro parecido a un tablero de mando o control.

—No hay duda… Es una nave espacial esférica —musitó Dickery—. Es un asombroso descubrimiento. Voy a entrar. Debe de existir algún vestigio que nos indique su origen.

Era relativamente fácil penetrar por el agujero. Incluso había una especie de escalerilla metálica, en perfecto estado de conservación. La esfera había permanecido completamente cerrada durante Dios sabe cuánto tiempo y sólo su exterior y la compuerta se habían oxidado casi totalmente.

Sin embargo, el interior se había conservado.

Primero descendió Dickery, cautelosamente. Le siguió Al-Radis, mirando en derredor con infinita curiosidad. Estaba dentro de una nave espacial procedente de otro mundo. Tal vez estuviese allí la explicación al misterio del origen de los habitantes de Kosol.

No vieron esqueleto alguno, pero sí encontraron objetos singulares en varios armarios, cuyas puertas se abrieron con facilidad. Objetos de

vidrio, con extrañas inscripciones, en nada parecidas al lenguaje escrito de La Tierra.

Curiosas cajas, de contenido extraño y diverso.

Incluso un armario con ropas de fibra desconocida, con las mismas inscripciones que vieron tanto en máquinas como en objetos.

—Hay que hacer un inventario de todo esto —observó Dickery—. Debemos fotografiar todas esas inscripciones. Son, sin duda, caracteres de un lenguaje escrito que no conocemos.

De repente, Flavia abrió algo parecido a un cajón metálico y encontró una serie de láminas metálicas, de color blanco, en donde se veía perfectamente distintos mapas celestes. Todos tenían un signo en su parte superior izquierda, seguido de varias anotaciones, que parecían impresas a punzón, como si fuesen en relieve.

—¡Esto es importantísimo! —exclamó Dickery—. Son mapas de navegación sideral… ¡Y por la posición de las estrellas podremos saber exactamente cuando fueron hechos!

—En caso de que podamos reconocer algunas de estas estrellas —rectificó Flavia.

—Tú no eres experta en astronáutica, querida —contestó Tomas—. Puedo reconocer perfectamente aquí las estrellas que forman la constelación del Carro, y, desde luego, no están situadas, ni mucho menos, en la misma posición que ahora. Pero son inconfundibles. Sabemos además, la posición que tenían hace cientos de miles de años, por lo que podemos deducir con exactitud matemática cuando se hicieron estos planos celestes… ¡Y esto es Orion… y esto Aries! ¡Oh, acabamos de hacer un descubrimiento formidable!

* * *

Pocas semanas después, en la magnífica residencia construida para el matrimonio terrestre, a las afueras de Kosol, la megápoli que resurgía de entre sus ruinas rápidamente, gracias al esfuerzo de hombres y mujeres ávidos todos de olvidar el odio y la guerra, Tomas Dickery recibía la magna visita de la reina Al-Radis y a un reducido grupo de invitados, todos miembros de las academias de ciencias de Kosol, entre los que estaba el arqueólogo Brol, ufano y orgulloso de su gran descubrimiento.

Todos pasaron a un salón donde Flavia Dickery obsequió a sus huéspedes y abrazó a la reina, con la que tenía una gran amistad, fuera

ya de todo formulismo y protocolo.

—Gran Reina, caballeros, hermanos todos —empezó diciendo Tomas Dickery, con orgullo—, gracias al descubrimiento del doctor arqueólogo Brol, tengo el gusto de notificarles que nuestros respectivos antepasados llegaron a Kosol desde un planeta ya extinto llamado Mook, situado a cincuenta mil años luz del lugar en que estamos ahora…

»Esto ocurrió hace nueve millones de años, exactamente. Sé también que los habitantes de Mook llegaron a La Tierra por medio de naves esféricas, semejantes a la descubierta en el Cráter Kreto por el señor Brol.

»Por lo tanto, puedo afirmar, sin lugar a dudas que nuestros antepasados, tanto de vosotros como nuestros, proceden de Mook. Les puedo demostrar también que existen numerosos mundos, situados hace nueve millones de años en un radio de diez o doce años luz, y que ahora se encuentran muy distantes unos de otros, donde deben existir seres semejantes a nosotros, si es que las condiciones ambientales no los han destruido.

—¿Tienes pruebas de todo eso, Tomas? —preguntó Al-Radis.

—Pruebas indiscutibles. He podido traducir, incluso, el lenguaje de los antiguos habitantes de Mook y he leído su historia, que es increíble. Formaban parte de una civilización técnicamente muy avanzada y sabían que su mundo estaba llegando a su fin. Por ello enviaron numerosas naves a distintos planetas lejanos, a la sazón en formación, donde instalarse.

»Cada una de esas naves estaba tripulada por ocho individuos, cuatro varones y cuatro hembras. Llevaban infinidad de medios para sobrevivir. Su misión era colonizar mundos nuevos, estudiarlos y luego radiar a Mook si el mundo nuevo descubierto era factible de ser poblado.

«Ignoro lo que sucedió con los ocho individuos que llegaron a Kosol, pero es lógico suponer que debieron reproducirse y de ellos descendéis vosotros.

—Tú y Flavia descendéis, pues, de los «Mookes» enviados a La Tierra en aquel tiempo, ¿no es así?

—preguntó Al-Radis.

—Exactamente. Nuestro origen es común. Parad atención a que podemos establecer, casi con exactitud, dónde se encuentran los mundos que hace nueve millones de años eran factibles de ser alcanzados por nuestros comunes antepasados. Por ello, hemos de

admitir que existen en el universo numerosas civilizaciones que proceden de Mook, y son, por lo tanto, morfológica y metabólicamente igual que nosotros.

—¿No ha podido modificarse esa constitución?

—preguntó Al-Radis.

—Posiblemente han podido sufrir alguna leve modificación. Depende del medio en que se hayan desarrollado, de la alimentación, de sus costumbres. Pero la base etnológica es la misma.

»En nuestro planeta madre. La Tierra, debió de ocurrir algo de eso. Supongo que debieron llegar más de una expedición. La Tierra, hace nueve millones de años, debía de ser un paraíso. Y los distintos «Mookes» que llegaron se establecieron en diferentes regiones. Por eso, al correr de los siglos, encontramos distintas razas, que sólo se diferenciaban en rasgos antropológicos distintos o en el color de la piel, debido a la pigmentación que creaba el ambiente.

»Esos fenómenos naturales no han ocurrido en Kosol, donde habéis permanecido siempre juntos, en una misma tribu o población.

—Hay algo que no acierto a comprender —dijo Nagal, la nueva Ministro de Información Pública, mujer que había cambiado ostensiblemente en pocos meses y que ahora vestía preciosas ropas—. ¿Cómo es que los «Mookes» podían navegar por el espacio y nosotros no? ¿Por qué no nos legaron sus conocimientos de náutica espacial, su técnica, que con seguridad era avanzada?

—También tengo una respuesta para eso, Nagal —dijo Dickery, sonriendo—. Las civilizaciones, como ocurrió en nuestro planeta, sufrieron numerosas vicisitudes, avances y retrocesos históricos. Tened en cuenta que estoy refiriéndome a lo que ocurrió hace nueve millones de años. Posiblemente, los descendientes de aquellos primeros colonos «Mookes» supieran más de lo que nosotros sabemos ahora en todos los órdenes, tanto físicos como síquicos, al igual que en La Tierra, aquí habéis tenido guerras y ello ha podido, en alguna ocasión, o en varias, hacer retroceder el progreso hasta dejar a un grupo de supervivientes que ignoraban absolutamente todo lo que sabían sus antepasados.

»Por lo que he podido traducir del lenguaje Mook, éstos fueron seres muy belicosos. Su historia era semejante a la nuestra. Ignoraban de dónde venían, como nos ocurría a nosotros. Pero sabían, y sabemos nosotros también, que el universo está poblado por seres racionales e irracionales, y que cada mundo ha producido su propia fauna, de acuerdo con las condiciones del terreno. Es por eso que la fauna animal

de Kosol es distinta a la de La Tierra, y que especies animales han desaparecido y han nacido otras nuevas.

«¿De dónde, venían los «Mookes»? Eso ellos lo ignoraban ni lo podemos saber nosotros. Lo único que hemos logrado establecer es que vosotros, nosotros y muchos más planetas que pueden estar habitados, descendemos de los antiguos «Mookes», por lo que nuestra constitución es idéntica. De haber habitado mundos distintos, en otras condiciones ambientales, posiblemente alguno habrá desaparecido o se habrá modificado. Pero los «Mookes» debieron elegir bien les planetas que poseían las mismas condiciones atmosféricas que el suyo.

—¿Eran igual que nosotros, pues?

—Sí, igual que nosotros. La raza humana no ha variado mucho en nueve millones de años —dijo Dickery—. Se ha confundido nuestra lengua, se ha transformado, modificándose, pero su origen es idéntico. De ahí esa facilidad que hemos tenido en comprendernos. Por nuestras venas corre sangre roja y nuestros corazones laten del mismo modo. Nada puede impedir, pues que, transcurridos nueve millones de años, nuestras razas se mezclen de nuevo.

—Magnífico, Gran Chambelán —dijo Al-Radis—.

Ya sé lo que propones para el final. Piensas ordenar la construcción de grandes naves siderales y enviar tripulaciones a esos lejanos mundos que has identificado, para establecer contacto con nuestros antepasados comunes o averiguar qué ha sido de ellos, ¿no es así?

Dickery sonrió.

—Eso es lo que quería proponerte en breve.

—Aceptaré que así se haga, si mis ministros no se oponen, a condición de que no seas tú o tu esposa los que emprendáis ese viaje.

—¡Pero Al-Radis, los viajes siderales han sido siempre mi pasión! —exclamó Dickery.

—Cierto. Y pueden seguir siéndolo. Pero necesitamos aquí al Gran Sabio que organice todo eso. Nuestros técnicos todavía no están preparados. Posiblemente no vivamos ninguno de los que habernos aquí el tiempo suficiente para poder ver realizado ese gran sueño.

—¡Tenemos la «Sparta-C-5001»! —exclamó Dickery.

—Si te vas y nos dejas, Kosol puede caer en el retroceso técnico. No te permitiré abandonarnos hasta que tus hijos tengan la edad que yo tengo ahora. Es mi voluntad y será mi voluntad escrita para mis sucesores. No podemos correr el riesgo de perderte, Tomas. Lo digo en beneficio de nuestra raza común Posiblemente encontremos

descendientes de «Mookes» que son mucho más civilizados que nosotros. Sería una vergüenza que en Kosol hayamos vivido tantos siglos en el atraso.

Al-Radis hablaba en tono amistoso, pero serio. Dickery conocía el modo de pensar de la reina y comprendió que nada conseguiría. Por ello suspiró resignadamente y dijo:

—Está bien. Si ello te complace, y a mi esposa también, sea tu deseo. Me quedaré aquí. Pero habrás de concederme la ayuda que necesito para realizar mi programa técnico y científico.

—¿No irás a pedirme todos los seres de Kosol, verdad?

Al-Radis sonrió.

—¿Voy a repartir mi reino contigo, Tomas?

—Serás la reina de todos nosotros, pero la cultura que daré a la mitad de tu reino hará progresar a Kosol hasta situarla al mismo nivel en que dejamos nosotros La Tierra.

—Ya hemos estudiado esos problemas con mis ministros, Tomas —contestó la reina—. Te habrá dicho Flavia que consultamos con ella y vamos a establecer un sistema de enseñanza semejante al que teníais allá. Y los alumnos que más destaquen gozarán de mayores privilegios y ventajas. La Universidad que vamos a fundar, llevará tu nombre. Tomas. Serás Gran Chambelán Perpetuo de Kosol y Padre Honorífico de la Reina. ¿Qué más puedo ofrecerte? ¿Te hubieran dado más en La Tierra?

Tomas Dickery se sonrojó y repuso:

—No quiero tantos honores, Al-Radis. Me conformo con tu amistad.

—Ésa la tienes. Nos has traído la paz. Te adora mi pueblo y yo te respeto y te quiero… Bien, pasemos al comedor. Flavia nos habrá preparado algo delicioso para la cena.

Todos los invitados se levantaron y, charlando animadamente, pasaron al maravilloso comedor que los Dickery tenían preparado ya para sus invitados.

Allí, en la larga mesa, cubierta de manjares, Al-Radis se sentó entre Flavia y Dickery, charlando animados y felices, hasta que, Tomas observó:

—¿Es cierto lo que me han dicho hoy en la Academia Superior?

—¿Qué te han dicho, Tomas? —preguntó la reina.

—Me han dicho que te han visto pasear con el hijo del general Lerker, un muchacho apuesto, inteligente y discreto.

Al-Radis se sonrojó y bajó la mirada.

—Por favor, Tomas. Es una simple amistad. Lerker me ha

recomendado a su hijo como oficial de la guardia de palacio.

—Conozco bien a Lerker —habló Flavia—. Es muy inteligente. Y su hijo también lo es. Precisamente, estuve hablando ayer con él.

—¿Te habló Lerker de Peerk? —preguntó Al-Radis, interesada.

—Sí. Me habló de Peerk.

—¿Y qué te dijo?

—Me pidió parecer sobre lo que pienso de una boda regia —habló Flavia, con aire desinteresado.

—¿Y qué le respondiste?

—Pues… Que no me parecía mal.

—¡Oh! —exclamó la joven reina—. Ya veo que lo habéis preparado todo muy bien.

—¿Quién preparó mi matrimonio con Flavia? —preguntó Tomas.

—Aquello fue distinto —se defendió Al-Radis.

—¡Claro! Lo que atañe a los demás es distinto. Pues voy a ejercer toda mi fuerza política para que Peerk se case con la reina. No sé de ningún joven dignatario de la corte con mayores prendas para aspirar a la mano de la reina. Incluso en los exámenes ha demostrado una inteligencia nada común, digna de ser tenida en cuenta.

—¡No quiero que nadie intervenga en asuntos tan personales! —exclamó Al-Radis, roja como una amapola.

Flavia y Tomas se miraron y se guiñaron el ojo con picardía.

—¿Y el paseo por el jardín? —preguntó Tomas.

—Bueno. Es un secreto y no quiero divulgarlo… ¡Peerk me gusta! —confesó, al fin, la reina.

—¡Caballeros, importante noticia! —gritó entonces Tomas, poniéndole en pie y alzando su copa—. Presten atención… ¡Tengo el honor de anunciaros una boda real! ¡La reina está enamorada de Peerk, hijo de Lerker!

Todos los invitados aplaudieron llenos de entusiasmo.

Al fin, Kosol iba a tener alegría y felicidad. Una boda real era algo que no se celebraba hacía muchos siglos. Y la noticia se extendió rápidamente por la ciudad en reconstrucción.

Era una maravillosa noticia.

Pero Flavia tenía otra para Tomas. Y se la dijo, poco después, en venganza, la misma Al-Radis, que estaba en el secreto.

—¿Sabías tú que Flavia va a ser madre, Tomas?

FIN